Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XIX — San José, Costa Rica — **1929** — Sábado 23 de Noviembre — Núm. 20

Año XI. No. 468

SUMARIO

El problema de las relaciones entre las Américas

Conferencia de Waldo Frank en el salón de actos de los *Amigos del Arte*, en Buenos Aires.

= De *La Nación*, Buenos Aires =

En otras conferencias he expuesto ante vosotros la vida de Norte América, esencialmente, como un gran drama humano. Vimos cómo la descomposición del Viejo Mundo católico ocasionó el descubrimiento y la colonización de América: cómo ocasionó el nacimiento del ideal americano para crear un verdadero Nuevo Mundo. Seguimos la trágica carrera de este ideal en las colonias de Norte América y más tarde en los Estados Unidos: lo vimos fracasar una y otra vez por falta de métodos y materiales adecuados, por una inclinación demasiado ciega hacia los principios del pasado y vimos cómo una y otra vez el ideal renacía.

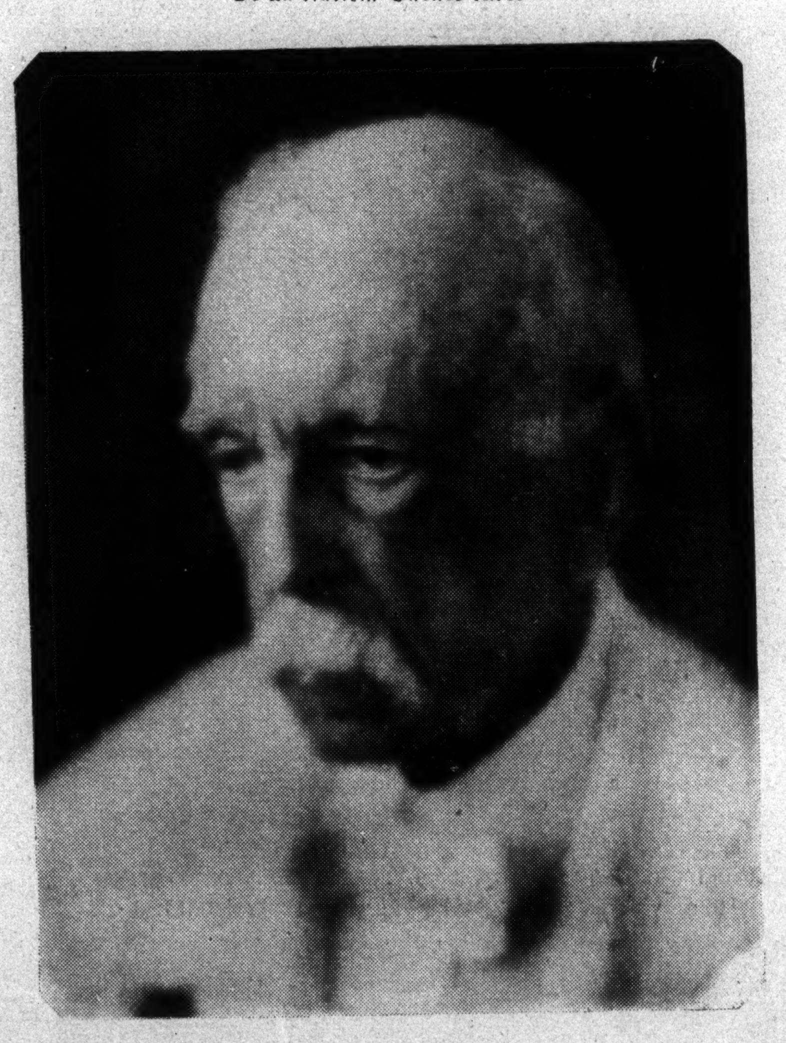
Hemos observado la ironía de la carrera de este ideal en nuestra era del instinto. Incapaz por sí mismo de dominar sobre el mundo americano, prestó sus dones de disciplina, de idealismo y de bien intencionado propósito a los hombres de poder. El ideal americano dió su espíritu al hecho americano: llevó a los creadores y sostenedores de la riqueza las ilusiones apasionadas de un desempeño idealista heredado de los antiguos padres, sin el cual no les hubiera sido posible obrar tan maravillosamente.

El drama de América es universal.—Ahora, por último, hemos de ver que este tremendo drama humano de Norte América no es por cierto exclusivamente americano: es el drama universal de nuestros días. Es el drama de una época de transición: el drama de la hora que interviene entre la muerte y el nacimiento de un mundo. Porque el conjunto mediterráneo, como hemos visto, ha estado muriendo durante quinientos años. Esta larga muerte de Europa es lo que grandilocuentemente se llama la *Era Moderna*. Pero también el Oriente ha estado muriendo: la China, la India. En todas partes encontraréis diferentes aspectos de la misma gran acción humana. Nos encontramos en un descanso entre una muerte y un nacimiento.

América no es sino el arquetipo de esta fase de transición. Y la vida de poder, la atómica autonomía de la disolución, expresada en dinero, maquinarias, capitalismo e industrialismo capitalista—todo lo que asociamos con razón a Norte América—es aún más propiamente señal de la gran transición entre dos mundos. Los vicios de América son los vicios universales de una edad en que los viejos lazos espirituales y culturales se rompen y el hombre aparece desnudo, como un átomo, perdido para el conjunto, del cual tendrá que volver a formar parte. Esta es la razón por la cual el americanismo invade el mundo. Sus máquinas, su afán de dinero que es símbolo de poder, sin responsabilidad moral ni religiosa, pero también su *jazz* invade el mundo con su sutil espíritu de inconformidad y de rebelión. Porque la virtud de América, el ideal americano, es al mismo tiempo la voluntad universal del hombre para crear esa integridad que es salud a fin de que pueda otra vez, y más completamente que nunca, vivir.

Fué en primer término para hablaros de esta salud e integridad, de la necesidad mundial de una fresca totalidad de vida humana, por lo que vine, amigos míos, a la Argentina. Fué porque no ignoraba que la creación de esa nueva salud humana (contemplad vuestros corazones, contemplad el mundo y veréis cómo ella no existe), que esa salud era nuestro deber, el deber americano. Fué porque sabía que ninguna parte de América hállase equipada como para realizar sin las otras tal empresa orgánica, que ninguna parte puede ser lo suficientemente grande como para crear el todo sin las otras...

Lo que tiene que decir a la Argentina.—Me habéis recibido con un calor que ha dado perfecta realidad a mi ideal acercamiento hacia vosotros. Me habéis dado, variadamente, lo mejor que tenéis. Yo no me atrevo a daros, en retribución, menos que lo mejor de mí. La Argentina me ha hecho su deudor; y ya que ha sido generosa debe continuar siéndolo. Debe dejarme que trate de pagar con mi propia moneda. Escuchad, pues, lo que tengo que deciros, aunque no estéis de acuerdo. Podéis estar segu-



Enrique José Varona

FICHA DE IDENTIFICACION

Nombre: *Enrique José Varona.*
Lugar de nacimiento: *Camagüey.*
Edad: *80 años.*
Raza: *Blanca.*
Estado: *Casado.*
Profesión: *Filósofo.*
Obras: *50 años de trabajos. Versos. Crítica. Filosofía. Conferencias. Sociología. Política. Cuarenta volúmenes.*
Cargos que ha desempeñado: *Periodista. Profesor libre. Diputado. Director de revistas. Director de periódicos. Conferencista. Secretario de Instrucción pública. Catedrático. Vicepresidente de la República. No ha podido llegar a ser Doctor.*
Resultado de su labor: *Un profundo conocimiento del espíritu humano y de la obra de éste en todos los tiempos y bajo todas las circunstancias y una afirmación indubitable en el progreso de la humanidad. Un busto de bronce construído por suscripción popular para el que no se ha encontrado todavía lugar público en que erigirlo, y un homenaje intelectual que cristalizará en forma de libros—su instrumento preferido—compuestos por los más altos espíritus de América.*

(Pasa a la página 318.)

ros de que lo que os digo ha sido incitado por el amor. Os hablo, en verdad, como si me hablara a mí mismo. En este momento estoy hablándome a mí mismo, o, mejor, a esa esencia de mi mismo que está más allá de mi persona y os incluye. No existe separación real entre nosotros. De eso estoy bien seguro. Todos y cada uno de nosotros somos esencia e integrantes del único en sí, cuya debilidad sólo pueden realizarla nuestros hechos. Porque es cierto: Dios es real para los hombres sólo en cuanto los actos humanos son religiosos. Y esos actos—creadores de lo divino—pueden ser dirigidos tan sólo por un quieto, hondo, conocimiento propio. Tomad, así, mis palabras como un esfuerzo por mi propia cuenta—por nuestra propia cuenta, desde que somos uno—en pos del tal conocimiento propio.

El ideal americano—que estuvo siempre destinado a crear un mundo en el que todo lo del hombre y todo lo de los hombres viviera gozosamente unido—no ha sido realizado. Los grandes puritanos, que trescientos años antes se esforzaron por crear ese mundo, hombres como Roger Williams aun hoy son hombres del futuro; Whitman y Thoreau, Emerson y Lincoln hállanse aún hoy aislados del hecho americano como lo estaban cuando vivieron sus solitarias vidas.

Los valores del *confort* físico, la fuerza de la expansión física dominan. Aquello que deberían dar por aceptado los seres humanos—el alimento animal para vivir y sentir—nos domina enteramente; y, sin embargo, nos falta. Aquello que debería ser central (la función que crea verdad, que crea y establece bellezas) no es sino trivial decoración. La actividad seria del mundo moderno consiste en producir y distribuir mercaderías y en empequeñecer, torturar y destruir la vida humana en el proceso. Esa es la actividad que crea nuestros gobiernos, que dirige a nuestra sociedad, que gasta los billones producidos por la humana labor en fuerzas militares. La mercadería reina. Y la empresa de difundir la verdad entre los hombres, de hacer que crezca la verdad y que la belleza more en la tierra; la empresa de unificar el hombre individual y el hombre social, todo eso se deja para los charlatanes y los virtuosos y constituye la diversión de las tardes ociosas. Esto no es verdad sólo en los Estados Unidos. Al sur de mi América, en Méjico, en Nicaragua. en Cuba y en Panamá desaparecen los viejos valores culturales del español y del indio: los mismos modernos, falsos valores del Norte crecen y crecen. Crecen en dichos países porque los mejores valores propios de los mismos han perdido su salud. No olvidéis esto: si no fuera porque en los países de la América Central han sido hombres de posición los que acogieron bien y fomentaron esos valores falsos—que tan fácil es llamar americanos—ellos no se habrían infiltrado nunca. Si un automóvil norteamericano es comprado en Nicaragua la explicación radica en que el automóvil es solicitado. Si los valores materialistas norteamericanos entran en Nicaragua, no es menos evidente la razón de que dichos valores—falsos valores—son solicitados.

La carne argentina se compra en Gran Bretaña porque Gran Bretaña necesita vuestras carnes. La cultura argentina no entra en Gran Bretaña porque Gran Bretaña tiene su propia cultura y no quiere para nada la vuestra. Si tomáis de Gran Bretaña algo más que su carbón, de los Estados Unidos algo más que sus automóviles, la razón está en vosotros; si adoptáis de los, así llamados, países imperialistas modelos caóticos, falsos valores que deploráis, la razón está en vosotros mismos.

Porque la situación de la Argentina no difiere de la de América Central o de la de los Estados Unidos. Por doquiera, igualmente, los viejos valores espirituales se descomponen en un caos; por doquiera, igualmente, los falsos valores del poder físico y del *confort*—el predominio de la mercadería—invaden y gobiernan porque no hay resistencia orgánica, porque no hay mejor ley de gobierno.

He estado aquí lo suficiente para advertir que también en este suelo existe el caos mortal de los viejos mundos. Tal vez en vuestras provincias (como en las nuestras) persisten fragmentos del antiguo conjunto humano. Pero aquí, en Buenos Aires, que es la cabeza y el cristal consciente de vuestra nación, el caos moderno está avanzado en demasía. Buenos Aires no es ya una parte de Europa. No puede serlo nunca. La parte suya que sigue a Paris (como nosotros seguíamos a Londres) balbucea palabras muertas. Sin sabor y sin significado. El propio París, os lo aseguro, está muriendo. Vive su otoño. Pero lo que en Buenos Aires es Europa no está tan siquiera muriendo: no tiene siquiera la vida necesaria para morir. Tampoco vive España aquí. La Argentina hállase, culturalmente, a más remota distancia de España que los Estados Unidos de Gran Bretaña. Las inmortales semillas del humano esfuerzo habitan dormidas vuestro suelo. Esas semillas, proceden, es claro, de Europa; son el plasma germinal de la humanidad, son más viejas que Europa. Pero el suelo es América. América debe ser la flor.

Sin embargo, aquí, lo mismo que sucede con nosotros, existe el peligro—un grave, grave peligro—. No todas las semillas florecen. La muerte del malogrado nonato es también parte de la vida. Nosotros, los americanos, tenemos el derecho de esperar, sólo en la medida en que hemos ganado ese derecho encarando el peligro que llevamos dentro. América todavía no se ha justificado ante el mundo. En el hondo menosprecio que tanto prevalece en Europa para con la vida americana hay justicia; en la honda esperanza de los adalides europeos por la vida americana hay sólo la clarividencia del amor y de la propia esperanza. Pero el amor y la esperanza son más fértiles que la mera justicia racional.

El peligro de Norte América os lo tengo ya explicado largamente en mis conferencias. No lo he ocultado. Si yo tuviera menos esperanza y menos amor por mi país tendría menos conciencia de su peligro.

Ese peligro es, esencialmeute, éste: la destructora y atómica fuerza infantil de la voluntad humana, personal — libertada de la medieval síntesis cristiana de Europa—puede no parar en la disolución de las viejas formas culturales, puede destrozar, no las formas decadentes de la vieja cultura humana destinada a morir, sino el espíritu humano mismo: ese espíritu del que han de surgir nuevas formas de vida íntegra, de belleza. Tal es el peligro para los Estados Unidos. Tal es, también, el peligro para la Argentina.

Qué es la tristeza argentina.—Porque la Argentina—lo veo con claridad—es una vasta y turbada preñez. La Argentina no ha nacido. ¿Qué es esa tristeza que el visitante observa en la Argentina? No es en modo alguno una tristeza real: es una expectación, es el hondo y grave sueño del embrión. Nunca en mi vida había tenido yo, como en vuestro país, una tan clara sensación de hallarme sumergido en un grávido caos. No me ha engañado la periférica velocidad de vuestra palabra, de vuestro tráfico, de vuestras comidas. Lo mismo que sucede con nosotros, esas no son sino inquietudes exteriores del hondo sueño. Vosotros sois un pueblo casi sin movimiento: os retorcéis, os agitáis, estáis esperando nacer. Y la tristeza de vuestros semblantes es la intranquilidad de la espera: es la transportada, la seria contemplación transitoria del rostro de la criatura por nacer.

Sois una nación potencial, perdida en la plena vastedad de vuestro país. Vuestra tristeza es eso: estar perdidos. Pero desde muy pronto vi,

La blusa del escultor Bourdelle

= De *La Voz*, Madrid. =

Ya en estas columnas *Juan de la Encina*, con rapidez de periodista y autoridad de crítico, entonó el responso de Emilio Bourdelle. Sus palabras, de apreciación justa, pusieron ante la atención de los lectores, en suficiente esquema, la gran figura del escultor que reinjertó en el tronco de la arquitectura el arte escultórico, y no pueden ser superadas. Y este comentario va a evocar al hombre junto a quien, por azar feliz, vivimos horas inolvidables. Hombre que junto a su obra no parecía pequeño; hombre en quien todas las lenguas de la belleza hablaban con un acento férvido, saturado de anhelos generosos.

Conocimos a Bourdelle hace ya muchos años, en Normandía. Visitantes únicos de una iglesita antigua, estábamos detenidos ante una columnata de piedra en la que un ángel mantenía, contra todas las gravitaciones, su esencia espiritual. Nos hablamos, y ya aquella tarde comimos juntos y, ante la sidra ilustre y frente a ese paisaje incomparable que riega el Sena desde El Havre a Rouen, le oí expresarse en aquel su acento a la vez íntimo y oratorio. Como nada relativo al arte dejaba su alma fría, la velada se prolongó hasta muy tarde, y quedamos emplazados para continuarla en París. Sólo en el momento de la despedida conocí su nombre, que aún no despertaba en los profanos resonancia de gloria. Y desde entonces ninguna de las veces que pasé por París dejé de ir a su estudio. Nombre exacto: porque en el recinto lleno de formas magníficas se trabajaba siempre, se aprendía siempre.

¡Con qué ardor contagioso hablaba Bourdelle! Hablaba, y esculpía, y pintaba, y dibujaba, y escribía, y callaba también apasionadamente. Discutía con obstinación implacable sobre esas cosas de que los demás hablan con mera cortesía, porque para él la eternidad era un asunto personal. Hace veinte años su rostro, de hombre de la tierra, de campesino hecho a luchar con las fuerzas elementales, difería bastante de esa fisonomía vivaz, ceñida por redonda barba de plata, que él se complació en fijar en dibujos varios y por igual poderosos. Emanaba de él una una fuerza que dijérase secular; era rápido sin impaciencias, espontáneo y reflexivo, locuaz y mesurado, serio y sonreidor. El compás que él puso en su diestra en uno de sus autorretratos constituía su alegoría mejor. Por los ojos claros le entraba a raudales el mundo, y por la diestra, hasta el compás, del cerebro descendíale la inteligencia mesurada, el poder de imprimir ordenación



Heracles blandiendo el arco.

Por Bourdelle.

nueva a los vocablos del gran diccionario de la vida que es la Naturaleza.

Su voz resonaba en las mañanas dominicales consagradas a la tertulia lo mismo que su cincel todos los días, e imprimía a las ideas, como los palillos y el acero al barro y la piedra, esa plasticidad expresiva que redime a las palabras de su fugacidad y a la materia de la muerte. Andrés Suares, en su patética oración fúnebre, ha recalcado cuán grande y cuán ajeno a toda caducidad humana aparecía el escultor junto a sus criaturas de mármol, de bronce y granito. Y el Subsecretario de Bellas Artes, M. François-Poncet, al rememorar a Rodin, el nórtico, junto a quien Bourdelle sintió plasmar su personalidad, ha entonado un canto en honor de esa otra Francia románica, sin brumas, constructora de iglesias, en cuyos cimientos espirituales y en cuya herencia estética halló el escultor recién muerto el punto de apoyo que sirve de pedestal a su originalidad. Pocas obras tan opuestas como la de estos dos grandes maestros, que en un tiempo, bajo el mismo ámbito, contemplaron la materia bruta que debían vivificar sus manos. El uno, amigo de símbolos y anecdótico empero, cual si no pudiese dejar de considerar a modo de «trozo» autónomo cada obra; el otro, monumental y arquitectónico siempre, desde el monumento a Alvear y el friso portententoso del teatro de los Campos Elíseos, hasta la Virgen de Harmannsiwillerkopf, hasta el Heracles, hasta los bustos de Anatole France y del doctor Koeberlé, hasta esa serie infinita de dibujos sin duda los más bellos de toda nuestra época.

Tal oposición entre las obras obedecía a una diferencia irreducible entre los hombres. Rodin, siempre un poco mercader de antigüedades, como el maestro español de Eibar, se tornó con el triunfo aristocrático y vanidoso. Aún lo recordamos en Madrid con unos calcetines inverosímiles, y en su Exposición última sonriendo a la nobleza del faubourg Saint-Germain. Bourdelle guardó su fuerza de hombre de la tierra, de democracia insigne presta a convertirse en cabeza de estirpe. Los dibujos de los dos revelan esas diferencias con mayor facilidad que sus esculturas. ¡Cuánta sequedad en los del gran escultor de la puerta del infierno! ¡Cuánta jugosa voluptuosidad en las series mágicas de la catedral de Reims y de las Ledas y cisnes!

No hablaba a menudo Emilio Bourdelle de la muerte; es decir, hablaba de ella sin bravata y sin miedo, como de una meta que estaba seguro de rebasar. Y la muerte ha ido a buscarlo por sorpresa, sin atreverse a manchar tan pura fuente de vida con una de esas enfermedades de bochornosa declinación, en pleno campo, cuando estaba de huésped no de un noble ni de un plutócrata, sino de su maestro fundidor. El día antes, sin sospechar de seguro que su corazón iba a flaquear acaso por haber acelerado tantas veces su ritmo a favor del entusiasmo, había escrito un himno al Creador. Este himno, y el que sus discípulos han compuesto en nobles estrofas para despedirle, dice más de su afán de recorrer todos los caminos que llevan a la belleza que todas las consagraciones solemnes.

Poeta, músico, arquitecto, pintor y escultor, Emilio Bourdelle ha sido enterrado con una de las blusas blancas que solía vestir en el taller: blusa democrática cuya jerarquía no puede alcanzar la de ningún uniforme. Sobre su tumba debe ponerse su propio Heracles, ese arquero soberbio que con los brazos tensos y una pierna apoyada en la roca, dispara su flecha con ritmo inalterable, cual si estuviera seguro de herir al tirano Tiempo en la frente.

A. Hernández-Catá.

---

en el extraño, lento, profundo sesgo de vuestros ojos—esos incomparables ojos de los argentinos—la dirección hacia lo profundo. Vais hacia el nacimiento por medio de un crecimiento hacia abajo: hacia abajo en el suelo, hacia abajo en vosotros mismos. En esta dimensión de profundidad hallaréis a vuestro Dios, cuyo encuentro tenéis que hacer para transformaros en una nación. No tenéis Dios hasta ahora. Si encontráis a vuestro Dios, él ha de estar dentro de vuestro suelo y de vosotros mismos, y ha de ser de América. Este propio americano descubrimiento es lo que os falta y lo que vuestros poetas deben daros.

Quizá la Argentina no nazca, a pesar de ser vosotros ya un embrión viviente. Entonces sería la Argentina, más y más, el hervidero de los mercaderes de todas partes del mundo; porque vuestra carne es bien rica y bien dulce su sabor. Pero no creo en eso. Hay aquí demasiada vida; sobre todo demasiado sentido estético, espiritual e intelectual. Cuando la Argentina nazca, cuando la Argentina entre a integrar un vivo y potente organismo, entonces nacerá de América y como una integración del nuevo mundo americano.

La fuerza que disolvió el mundo católico medioeval: el capitalismo.—No pretendo dejar esta afirmación librada a las vagas palabras. Pretendo demostrar tan explícitamente como me sea posible lo que quiero decir. Para cuyo logro debo hablar de la fuerza que ha actuado como disolvente del mundo católico medioeval: de la fuerza que colonizó a Norte América, que creó los modernos imperios de Gran Bre-

taña y Francia, la fuerza que ha hecho grandes a los Estados Unidos, la fuerza que está hoy invadiendo Méjico y el Perú, la fuerza que desarrolla a la Argentina. Dicha fuerza tiene un nombre: capitalismo, capitalismo industrial. En lugar de alabarlo o condenarlo, examinemos con calma lo que quiere decir capitalismo.

La empresa privada, la liquidación de los intereses colocados en moneda irresponsable, el cambio de las unidades estáticas de consumo en un movimiento dinámico de producción industrial e internacional, todos esos rasgos del capitalismo moderno nacieron de la disolución del orden económico católico del medioevo. La primera fase del capitalismo fué pues, una fase de disolución. Fuerza disolvente en la Europa feudal, llegó al acto constructivo, al descubrimiento y colonización de América.

Como agente disolvente, el capitalismo tiene todavía sus usos. No olvidéis esto; está barriendo los marchitos restos y fragmentos de los viejos mundos. Vimos cómo en nuestra guerra civil barrió con las secciones americanas; barrió con la esclavitud del negro. Igualmente, en Europa el capitalismo en estos momentos está disolviendo los fragmentos del Viejo Mundo, en Francia, Alemania, Gran Bretaña, España.

Ved el capitalismo a esta luz fatal. No es creador, carece por completo de valores humanos positivos. Todos sus valores son anteriores al capitalismo: son del conjunto mediterráneo, del mundo de Israel, Egipto, Grecia, Italia, España. Pero es un maravilloso destructor: y un desinfectante.

Y el capitalismo, en sus últimas formas que ha alcanzado hoy día en Gran Bretaña y en los Estados Unidos, cumple otra tarea igualmente útil. Está elevando el tipo de vida física en todo el mundo. Toda cultura, incluso la nuestra, ha descansado en los esclavos. Sólo en virtud del trabajo del esclavo, legal o económico, han alcanzado unos cuantos hombres ocio para pensar, para sentir, para crear. Al fin, entre sus sueños (en los días de los profetas hebreos), nació el ideal de todos los hombres libres, libres para pensar, para sentir, para gozar, para crear. Este ideal ha seguido siendo un sueño hasta nuestros días. Porque la cultura requiere esclavos. Y hasta ahora, los esclavos tuvieron que ser hombres. Pero hay un nuevo esclavo a mano: la máquina. Bajo el capitalismo, la máquina no es esclavo, sino amo. Bajo un sistema de ganancias y de producción para la venta—no para el consumo —la máquina que gana y produce tiene que seguir siendo el amo. Pero si el hombre ha tenido el genio para inventar la máquina, ¿no podemos esperar que lo tenga para aprender a usarla para sus propios fines creadores? Cuando llegue este tiempo todos los hombres serán libres (como no lo es ahora ninguno, porque las viejas aristocracias están muriendo y la democracia industrial de hoy no es sino una democracia de esclavos); serán libres por unas cuantas horas de necesario trabajo, libres para pensar, para gozar y para crear. La máquina será el esclavo sobre el que descanse la sociedad de hombres. La máquina que ha desarrollado el capitalismo industrial.

También cesará nuestro cautiverio de enfermedad e inmnndicia. No es humano que un hombre tenga lleno el estómago y el espíritu vacío, pero tampoco es humano poseer un alma meditativa y un cuerpo sucio. Ambos dualismos deben desaparecer. Quizá el nuevo mundo a que todos aspiramos sea el primer mundo verdadero, porque ha de realizar esa verdad: que el espíritu humano no puede prosperar cuando la tierra está llena de hombres miserables y sometidos. Quizá no sea del todo un precio exagerado el que paga la raza humana con esta fea amenaza del capitalismo, con su nivelación de vida y su destrucción del arte popular, si éste se resuelve, en su última fase socialista, en una distribución universal de los medios materiales fundamentales y aligera al hombre de la carga de bestia.

Todo esto es posible si el mundo mira al capitalismo como fase pasajera, como fase de disolución, si, en otras palabras, el espíritu humano capta los usos del industrialismo para sus propios altos fines.

Pero todo esto es sólo posible si el mundo crea valores y posee la visión que lo guíe en esta obra de transformación. Carlos Marx tenía razón en su visión del capitalismo como fase orgánica transitoria entre el viejo mundo del Mediterráneo y un nuevo mundo en que toda la humanidad habría de participar integramente. El peligro en su exposición es que tendía a sugerir que la transición hacia el paraíso futuro era un proceso inevitable y mecánicamente cierto. Marx se hallaba demasiado próximo a las doctrinas mecanistas, fatalistas, beneficistas, del siglo XIX, doctrinas demodadas.

No; en tanto obra su votuntad el irresistible proceso de la expansión capitalista hay mucho que hacer. El capitalismo no posee en sí los valores que aseguren la creación de un nuevo mundo real. La sociedad capitalista en sí no es creadora de un mundo: es hija de la disolución del conjunto cristiano, es destructora de ese conjunto y es fomentadora y promotora de la disolución de que ha sido engendrada. El comunismo doctrinario tampoco posee valores en sí. Nuestra tarea, la tarea de las minorías del mundo, es crear estos valores.

El peligro del principio de poder.—No son valores los beneficios negativos del dinero, ni la abolición de la miseria, ni la producción de *confort* por la máquina.

La condición del hombre está siendo abolida en los Estados Unidos. Todavía existe, por supuesto; pero país alguno en la historia del mundo ha alcanzado nunca un tipo medio de vida que iguale siquiera a la mitad del que allí se goza. Y no obstante, como hemos visto, el norteamericano, rico o pobre, se encuentra en trance peligroso. Su vida es gris y progresivamente vacua. ¿Por qué razón? Porque le faltan valores positivos para vivir. El principio del poder sobre cuya base se edifica la prosperidad de la masa norteamericana es falso. El hombre no es un átomo aislado. Los átomos aislados no existen. Aun la física está descubriendo que no son sino ficciones representativas. Sólo existe el organismo. Sólo el conjunto existe. Y sólo en la medida en que el hombre individual obre como parte integral dentro del conjunto, realizará el color, el canto, la danza, el ensueño, la imaginación, la virilidad, el amor, que, en una palabra, son la vida humana. Si el hombre obra como un átomo aislado, aunque sea físicamente próspero, está enfermo y su destino es la muerte.

Pues esta vida de átomo aislado, esta voluntad de adquisición, de posesión atómica y aislada, son el principio del capitalismo. Lo llamo el principio de poder. La vida de poder es una etapa de transición en el desarrollo del niño, en la cual su propio cuerpo y su voluntad se desarrollan. A menos que se trascienda no hay madurez. Los directores religiosos de nuestro mundo, Isaías, Jesús, San Francisco, Santo Tomás, predicaron la vida de amor en oposición a la vida de poder simplemente porque sabían lo que es la vida. No eran ejecutores de milagros: eran sabios médicos que recetaban desde su superior conocimiento. El hombre debe surgir del estado atómico del poder que en nuestros días simboliza el caos individualista, el caos capitalista.

El peligro es que esta vida de poder, la etapa natural del niño, cuyo arquetipo es el sistema norteamericano, se univerzalice y estratifique. Si esto ocurre el hombre dejará de ser la infantil criatura que fué en todas las edades del pasado, dejará de serlo porque se destruirá a sí mismo. El hombre ha adquirido demasiada fuerza bajo el industrialismo, se ha vuelto demasiado mortalmente fuerte para seguir sin peligro jugando al niño. Armados de sus solos puños los niños pueden golpearse y sobrevivir. Las naciones, armadas como lo han estado en el pasado, pudieron conducirse como niños y sobrevivir. Mas ¿qué ocurriría si diésemos armas a los niños? La raza moderna del hombre con el poder mortal de la máquina para satisfacer sus gulas infantiles es una raza de niños con armas. Si el hombre no madura

Antonio Bourdelle

SALGO a la calle; París está igual a todos los días, el mismo tráfico; ¿será que ignoran la muerte del gran maestro? ¿O será que no se han dado cuenta de que el Olimpo, ha ganado un inmortal salido del Monte Parnaso parisién?

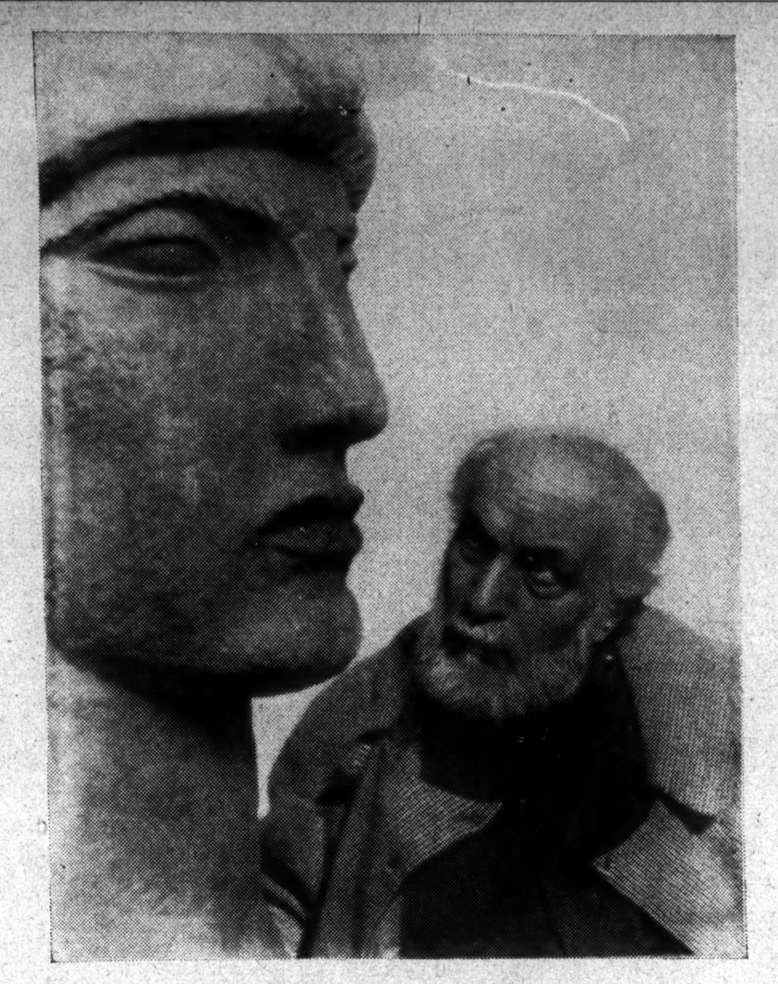
Se ha ido Bourdelle, tal vez a reencarnar en arquero de belleza por los bosques de los siglos; se ha ido... probablemente lo llamó Miguel Angel, o su compatriota Rodin. Juntos deben de estar sentados a la mesa del gran Phidias.

Tuvo su escuela abierta en las vecindades del Luxemburgo. Allí prodigó su arte, adornado de la más científica y encantadora de las verbas. Siempre el Gran Maestro, construyó sobre el trabajo de sus bien amados discípulos.

Detuvo su viaje de la eternidad para embellecer París; favoreció también a la Argentina con el monumento del Presidente Alvear. Fué un griego, un griego parisién.

Para decir todo lo que siento del Maestro, se necesitaría que Minerva y todas las musas me ayudaran; mas hoy, desgraciadamente, no quieren hacer uso de mis pobres medios.

Sí tengo que agregar que fuí su discípulo al través de todos los oficios, quiero decir de estética, y que lo seguiré siendo eternamente por los incomparables monumentos que nos deja.



Emilio Antonio Bourdelle, escultor, examinando una de sus obras

Max. Jiménez

París, 2/9/.9.

---

se destruirá a sí mismo. El viejo ideal de los maestros religiosos, una vida de madurez y amor, es la fría necesidad del presente.

Podemos sintetizar: el presente estado de vida, basado en el principio de poder que es aislamiento, lleva a la destrucción y a la muerte; lleva a la creación, no de sociedades integrales, sino de ciegas manadas que deben, en verdad, ser guiadas por dictadores. Por añadidura, el estado presente de vida, aun cuando crea una tregua armada como la que hoy existe entre los grandes poderes, aun cuando crea una especie de prosperidad como la que existe en los Estados Unidos, lo lleva a cabo con el sacrificio de la expresión esencial del hombre, con el sacrificio de su bienestar emocional, espiritual y estético. Porque para alcanzar estas realidades el hombre debe vivir íntegramente dentro de sí mismo, e íntegramente dentro de un mundo cuyas fuerzas son integradoras, creadoras; no disolventes en razón de adquisitivas y posesivas. El hombre, despojado de esos valores que enlazan, vive deprimido, vive desnaturalizado, pierde conciencia de sus propios valores. Y si continúa viviendo así corre peligro de deteriorar permanentemente su intelecto y su sensibilidad; corre el peligro de volverse una parcela descolorida en la majada industrial, esclavizado por las fuerzas torpes de la producción capitalista.

Tal es el peligro del capitalismo: un peligro para el alma humana.

El hombre debe madurar o desaparecer. Y el corazón del problema es, como sabemos, América. Aquí las máquinas y el industrialismo hacen más urgente el peligro; en consecuencia debería haber aquí la mayor comprensión, puesto que existe la mayor necesidad de los nuevos valores salvadores.

Estamos en la superficie del problema.—Pero no estamos con esto sino en la mera superficie del problema; el mundo hállase en la superficie del problema. Los conservadores se niegan en absoluto a encararlo, pero los partidos revolucionarios se frustran uno y todos, permaneciendo en la superficie del problema. A raíz de una honda ignorancia del corazón humano aplazan la profunda reforma humana que desean.

Es tan fácil gritar que el capitalismo es el enemigo y que todo lo que los hombres necesitan hacer para destruirlo es arrancárselo al rico para dárselo al pobre. ¡Tan fácil y tan falso! Porque el capitalismo es el resultado de un estado de alma: del atómico e infantil estado de alma en el que cada hombre urde para sí, y el hombre pobre del moderno caos se halla en ese estado tanto como el rico.

Es tan fácil decir que los Estados Unidos son el enemigo—Norte América el Calibán triunfante—y tan fácil a través de una obsesionada contemplación de nuestras faltas recluirse en el olvido de la propia insuficiencia. Hágase que Hispano América mire al Calibán que tiene dentro; al Calibán que coopera tan alegremente con el Calibán de Norte América, con el Calibán de Gran Bretaña. ¿Por qué es malo que haya en la América Hispana hombres que odian a los Estados Unidos? Porque reduce la eficiencia de la América hispana frente a sus propios problemas, que son también nuestros problemas. El odio es una fuga estéril. Odiar es ser débil e ignorante, y alimentar el odio es perpetuar en uno la ignorancia y la debilidad.

La enfermedad del mundo moderno.—Es una completa demagogia concebir el capitalismo, sea norteamericano o sea argentino, como una especie de demonio externo que desuella a los pueblos inocentes del mundo. Si el capitalismo es un demonio, ese demonio es el estado de espíritu del hombre moderno. Si el imperialismo americano es un demonio que se propaga y que conquista la razón, es que ese estado del hombre está aumentando universalmente conforme se disuelven los viejos mundos. El impulso del poder de explotación del poder, de materialismo atómico, es el síntoma universal de la disolución de los viejos lazos espirituales del hombre. El hombre, disuelto del conjunto en que vive su participación dinámica, inevitablemente da expresión a alguna fuerza anárquica y disolvente, tal como el poder capitalista. Ese síntoma existe en Hispano-América lo mismo que en los Estados Unidos. De otra manera el capitalismo imperialista no se podría extender.

Admitámoslo, pues: la tremenda fuerza de la expansión industrial y comercial se desarrolla en realidad con vosotros. Es una realidad en los Estados Unidos porque es una fuerza interna, intrínseca a los hombres de ese país. Es una realidad aquí en la Argentina por la misma razón; es una fuerza interna de la Argentina. Quiero decir con esto que aquí en la Argentina también hay muchos hombres, hombres de intelecto y de poder, cuyos anhelos de riqueza, de

expansión, de explotación se expresan adecuadamente en alianza con las fuerzas imperialistas de los demás países. Sin tales alianzas internas estas fuerzas no estarían aquí; no estarían en Méjico, no se hallarían en Nicaragua, no habrían ido al Perú.

¿Qué estoy diciendo, pues?

Estoy diciendo que la médula de la enfermedad social disolvente del mundo moderno tiene sólo su símbolo en el capitalismo. Más hondo es el principio atómico del poder en el hombre individual moderno. Por tanto, el problema del mundo moderno no es básicamente económico: es un problema religioso, es un problema humano. El mundo consiste en hombres. Si el mundo ha de transformarse debe transfigurarse el hombre.

El mundo se encuentra en este proceso orgánico de disolución. La expansión capitalista o materialista no es expansión en un sentido positivo. Es la expansión de la descomposición. Es el proceso de la decadencia de los viejos conjuntos. Al descomponerse Indo-América, China, India, aparece en ellos el átomo individual, como lo ha hecho en Europa y en América. El principio de este átomo es el poder. El símbolo de este poder es la máquina, no como mano de hombre, sino como reguladora de su vida y de sus valores. Por eso es que al morir los viejos mundos aparecen el culto de la máquina y el dominio de la máquina que es el dominio del dinero capitalista.

La obra de disolución debe proseguir. Nuestra actitud hacia ella debe ser de aceptar, desde luego, su contribución, que es la máquina, el alza del nivel de vida y prepararnos para reemplazarla con una creación positiva. La respuesta a está necesaria disolución de los mundos viejos y al método de esa disolución no es insultarla, sino comenzar a construir.

La creación del nuevo mundo necesita de ambas Américas.—Este es nuestro problema. Enfrentémonos con él. Existen grupos de minoría en los Estados Unidos dedicados a nuestra tarea. En ningún país hay más buena voluntad, más talento que en estos grupos de minoría de la América del Norte. En ningún país se encuentra este grupo creador más sitiado de peligro. Porque el enemigo está sobre nosotros. Cada fuerza de los Estados Unidos es centrífuga: en la superficie de nuestra vida hay luz, éxito, dinero, renacimiento. El norteamericano de talento tiene que ser heroico en su voluntad para resistir a esta corrupción del éxito y tiene que poseer una fuerza heroica, aun si lo desea, para resistirla; para poder permanecer oscuro, tranquilo centro de la vida americana de donde brota la creación.

El norteamericano creador necesita ayuda. Nuestro estado es precario. El alimento que recibimos de la brillante y falleciente Europa es con más frecuencia veneno que alimento. Dirijámonos hacia vosotros. En muchas maneras vosotros estáis más intactos. Las fuerzas centrífugas aquí no son tan fuertes. Vosotros habéis sido menos zapados por la fea Edad Moderna; menos corrompidos por el falso humanismo y racionalismo. Estáis más cerca del sentido de la vida humana como drama trágico y divino, pues que estáis más cerca de la Edad Media Cristiana, en la que todos los valores de Judea, Grecia y Roma formaron parte de un organismo cósmico. Tenéis valores, mientras nosotros tenemos entusiasmo. Tenéis, como nosotros, la energía de la juventud. Y sóis americanos como nosotros. Deberíamos dirigirnos más y más hacia vosotros.

Con nosotros compartís América, el sueño y el ideal y la misión del nuevo mundo. Con nosotros compartís la amenaza común, un falso organismo mundial organizado por el poder y para el poder, creador del caos. Con nosotros compartís la infinita potencialidad.

Por nosotros, os ruego: creced más concientes de vosotros mismos, más articulados. Dirigid vuestra riqueza de energía, formulad vuestra visión.

La tarea de crear los valores del nuevo mundo necesita de cada una de las naciones en ambas Américas. Cada potencialidad de nuestros varios pasados étnicos debe tener su lugar en este nuevo mundo. No debe haber una cristalización, en una forma que excluya memoria alguna, racial, blanca, roja o negra, que excluya ninguna tradición nacional de las miriadas que han creado el vasto y fértil caos americano.

Os apremio a uniros, a crecer claros y fuertes, no por altruismo, sino como norteamericano leal que busca ayuda. Somos la minoría. Pero el verdadero espíritu de una tierra existe siempre en su minoría. Cuando os digo que represento solamente a una minoría de mi país, no creáis que ello signifique que no represento el espíritu americano. Os digo con certeza que en mi humilde manera represento la tradición más antigua y fundamental de mi país, el ideal americano cuyo curso conocéis.

Nada sería tan peligroso como la no desafiada soledad de los Estados Unidos en la cima de todas las Américas. Los Estados Unidos necesitamos un adversario, necesitamos un rival en la tarea constructiva. Nadie puede él solo crear: se necesita de dos. El verdadero mundo americano no nacerá inmaculadamente de la concepción de ninguna de las partes de América, ni sólo de nosotros, ni de vosotros solos. Si podemos unirnos debemos comparar y rivalizar uno con el otro. A fin de unirnos fecundamente, cada uno de nosotros debe crecer en vigor. Cada uno debe desarrollar su individualidad. La creación es el resultado de la unión, pero no es el resultado de la unión de partes débiles. Solamente cuando los individuos son grandes pueden unirse grandemente; sólo entonces pueden grandemente crear.

Necesitamos conocernos a nosotros mismos.—Esto, pues, advertidlo bien. Necesitamos uno del otro, pero a fin de ayudarnos mutuamente debemos aprender a ayudarnos a nosotros mismos, o sea a conocernos a nosotros mismos. No debemos dejarlo exclusivamente a las fuerzas de la expansión material, a la tecnología de la disciplina y el método. Precisa atenta y exacta aplicación el construir un puente de acero sobre un río. ¿Creéis que el ingeniero se confía en algo al azar? ¿Y creéis acaso que requiere menos meditación, menos ciencia, menos exactitud de conducta el edificar un puente del espíritu a través de nuestro caos humano, transfigurar este caos en un orden humano?

El período romantico, señoras y señores, ha pasado ya. El romanticismo fué la energía—forma de disolución del descubrimiento y la exploración.

Muy bien: nos ha dado el material crudo de nuestro magnífico caos. Ahora son menester un nuevo espíritu y una nueva energía para forjar de este caos el orden integral en que está destinado a convertirse.

He hablado de grupos de minoría, de grupos cuya dedicación debe ser principiar a construir el nuevo mundo, los valores de que puede crearse un nuevo mundo en que el hombre entero pueda vivir una vez más. ¿Pero con qué material han de construir esos grupos?

No hay sino un material: vosotros mismos. Cuantos valores hayáis de crear surgirán de vosotros mismos, el mundo universal que hayáis de fundar se fundará con vosotros mismos.

¿Qué significa esto sino que debeis comenzar por el conocimiento de vosotros mismos, por el dominio de vosotros mismos? Esta, señoras y señores, es la quintaesencia de nuestro problema. No deseamos proyectar mundos abstractos ni valores trascendentales. ¿Por qué, en última instancia, ha de importarnos la creación de un nuevo mundo? ¿Por qué no hemos de contentarnos con dejar que las compañías eléctricas y los ferrocarriles nos construyan nuestro nuevo mundo? Porque encontramos en nuestro interior sueños, hambres, aspiraciones de color, de alegría, de dignidad, de belleza, de verdad, que no incluye su programa; y somos leales a estas necesidades internas nuestras. Deseamos crear un mundo que las exprese. Observad que comenzamos con nosotros mismos, en nuestro verdadero sentido de necesidad de un mundo nuevo. Yo os digo que debemos comenzar igualmente por nosotros mismos en nuestra tarea de construir este mundo.

Los ideales no cuentan sí quedan en palabras, Pero si se tornan acción, nosotros, nosotros mismos debemos ejecutarlos. Debemos comenzar por nosotros mismos. Los grupos no tienen validez, a menos que los integren individuos que los pongan en acción. Nosotros, vosotros y yo creamos el grupo válido, y lo haremos sólido, tan sólo en la medida en que comencemos por nosotros mismos, por hacernos sólidos a nosotros mismos. De esta creación de solidez los individuos han de transformarse en obras: obras de literatura y de arte, carreras individuales cuyos ejemplos sean luz. Estas obras han de circular y nutrir. A su alrededor han de formarse grupos: la obra de los grupos se cambiará con otras obras y nutrirá otros grupos.

En vosotros y en mí, reside la validez de esta necesidad de un nuevo mundo. De vosotros y de mí debe salir el acto que comience a construirlo. De vosotros y de mí debe salir América.

Y este acto no es sino el descubrimiento y el dominio y la proyección de nosotros mismos. Vosotros sois argentinos. Descubrid lo que ello significa. Aprended a conoceros a vosotros mismos. Si aprendéis a conoceros hondamente habréis descubierto elementos que no son sólo vuestros: habréis descubierto lo que es esencialmente la Argentina. Y en esta esencia argentina habréis descubierto elementos que son de vuestra América, que armonizan con lo que otros hombres, en otras partes de América, igualmente empeñados en descubrirse a sí propios, están aprendiendo y necesitan.

Una vez que hayáis experimentado lo que sois os hallaréis en camino de dominar lo que seáis. ¿Cómo puede domeñarse lo que no se toca? Conocerse a sí mismo es imponer sobre sí la mano del dominio. Una vez experimentado lo que que sois y obtenido el dominio sobre lo que sois, sabréis lo que hayáis de hacer. La acción y la articulación son inevitables cuando se alcanza un cierto grado de conciencia.

Acción por dentro y por encima del preñado caos de América. El conocimiento propio os dará el conocimiento de lo que es la Argentina de América, porque vosotros sois la Argentina de América. El dominio propio os dará las riendas del destino de América porque vosotros sois el destino de América. Si os quedáis en el caos de la ignorancia de vosotros mismos, de la conducta instintiva y ciega, la Argentina e Hispano-América y América permanecerán en ese caos, porque vosotros sois también América. Pero si os volvéis lúcidos para vosotros mismos, América se tornará en la luz del mundo.

La tarea cósmica de nuestros días es la más humilde, la más personal. Concierne a unos cuantos hombres y mujeres (unos pocos bastan) de cada tierra americana: a aquellos pocos que aman de tal manera la vida que, mientras obran han de substraerse a la muerta superficie de nuestro caos moderno, que, mientras trabajan y participan, han de retirarse a su propio interior, allí donde la vida comienza para cada uno de nosotros, y que han de forjar de su intimidad el sólido material personal único del que puede crearse el universo.

El caos americano contiene todos los elementos para la creación de un nuevo mundo más completo que mundo alguno del pasado histórico. Porque todos estos mundos del pasado—Europa, Asia, Africa, aún la Atlántida—han aportado su disolución y su semilla a nuestro caos americano.

Hombres y mujeres tales como presiento que hay en la Argentina, en Méjico, en el Perú y en los Estados Unidos pueden capturar ese caos americano. El caos y la angustia del mundo moderno aguardan hombres y mujeres como los que hay entre vosotros.

Hombres tales han de empezar en soledad. Pero han de aprender que no están solos. Han de descubrirse a sí propios en comunicación con sus hermanos y con sus hermanas. Han de descubrir que sus experiencias más íntimas los enlazan maravillosamente con sus hermanos y con sus hermanas. Han de lograr de su comunión una fuerza que irresistiblemente mueva a la acción, acción sobre sus amigos, sobre su país; acción que será irresistible porque será la verdad.

Waldo Frank

Cuartillas recientes de Varona

=De *El Fígaro*. La Habana.=

A los jóvenes de la Asociación Calixto García

Se han puesto ustedes, amigos y compatriotas, a la sombra de un gran nombre, de uno de los mayores en los fastos gloriosos de Cuba. Grande, lo fué el General García en la hora aciaga de la derrota; en la hora fulgurante del triunfo, en la hora de la muerte súbita, en el servicio de la patria.

Pero no basta recordar su noble vida; no a todos es dado tenerla heroica. Lo que sí es dado a todos es ennoblecerla, poniendo el mayor empeño en prestar a nuestra Cuba el concurso que demanda a sus buenos hijos. En la existencia de los pueblos cada día trae una exigencia nueva; porque el desarrollo social es muy complejo. Y también se sirve a la patria, tratando de que no quede rezagada, de modo que su historia actual sea la continuación, en otras circunstancias, de su historia pasada.

Nuestros héroes se sacrificaron, para que Cuba fuera un pueblo libre, sobrio, laborioso y progresista. Libre, porque pueblo sin libertad es un conglomerado informe, rebaño de hombres, sin dignidad, sin aspiración, sin ideales. Sobrio, porque todavía para ellos, que habían sacrificado sin vacilar su fortuna por una gran idea, hay valores mucho más importantes que los cotizables. Laborioso, porque no damos un paso adelante sin el esfuerzo necesario, lo mismo en la esfera de la acción material, que en la esfera de la acción moral. Progresita, porque solamente los miopes de espíritu viven para hoy; la gran tarea de quien aspira consiste en forjar en el yunque del porvenir una humanidad mejor.

Ved, amigos, si teneis tela preparada en vuestro telar.

30 de agosto de 1929.

Hágote helado de piña

Señor Doctor Ramón A. Catalá.

Mi buen amigo:

Escribía yo esta mañana sobre el lenguaje simbólico, y me vino este recuerdo, que no quiero dejar pasar. Cuando está uno a pique de desmemoriarse, hay que coger al vuelo estas briznas de lo pasado:

«Por la época en que el hielo era raro, escaso, y cosa de ricos en mi buen pueblo principeño, cuentan las crónicas domésticas, que un ingenioso señor, más dado a guardar sus peluconas que a gastarlas, y que, para ahorrar, ahorraba hasta las contraseñas del tendero de la esquina, tenía esta feliz ocurrencia. Cuando apretaba el calor, ponía dos o tres panales, mejor dos que tres, en un buen vaso de agua de tinajón, los dejaba disolver despacio, y después apuraba el néctar, con los ojos entornados, diciendo estas palabras sacramentales: «Hágote helado de piña».

Aquí tiene usted un gran simbolista, un simbolista práctico; aunque nunca, seguramente, habría oído hablar de la doctrina.

Muy suyo en el simbólico apretón de manos,

7 de setiembre de 1929.

Señora Raquel Catalá vda. de Barros.

Mi muy estimada amiga y señora:

A usted que sabe mirar la sociedad con ojos tan penetrantes y que conoce las vicisitudes de su historia, me permito dedicar este comentario, que será breve, aunque pudiera ser largo. Voy a comentar una frase. Es de un cinismo casi inocente, de un cinismo que desarma la crítica.

El viejo novelista italiano Sacchetti la estampa al correr de la pluma, como algo sencillo, trivial, como si diera los buenos días o las buenas noches: *buona femina o mala femina vuol bastone*. Y cuatro siglos después la repite, con guiño malicioso, el modernísimo filósofo alemán Nietzsche.

Sacchetti no era un antifeminista anticipado; no creo que ahora lo fuera, sino por *pose*, el ultra revolucionario Nietzsche. Pero uno y otro y los muchos que de hecho o en teoría optan por el palo y sus coadjutores materiales e inmateriales nos ponen ante el concepto básico de la vida social: El más fuerte oprime al más débil.

No hay que indignarse, aunque la indignación hormiguée por las entretelas del cerebro; sino declarar enfáticamente que mientras no se arranque de raíz ese abominable precepto, la sociedad es farsa, y una farsa monstruosa.

No sé si estamos en camino de realizarlo; sé que debe cesar la hipocresía de las palabras zalameras, y dar a la igual de derechos su pleno valor.

Escribo igualdad a sabiendas. Desde que se está asociado, o hay igualdad o hay tiranía. Mi asociado es memo, es malo, es Caliban, y yo soy cuerdo, soy bueno, soy Próspero; pues con todo eso, y a pesar de eso, sus derechos sociales se equiparan a los míos. De otra suerte yo peso sobre él y lo aplasto, con el auxilio de Ariel y compañía. Aquí Ariel, con alas y todo, es la fuerza, es el *bastone*.

Oigo a los que me gritan: y los deberes ¿dónde los dejas? No los dejo; quien los deja caer sobre la cabeza del oprimido es el despotismo. Hablo del derecho, siempre hasta ahora conculcado. Los deberes vienen de reata, se presentan de por sí. Término de una ecuación, donde está el derecho, el verdadero, se le aparea el deber.

Soy su amigo y servidor.

Enrique José Varona

Setiembre 27 de 1929.

Ofrenda a España

España, parto, vuelvo a la lejana
patria donde nací. Voy a mis lares,
a los bosques floridos y palmares
de mi opulenta tierra americana.

Me voy; pero, al partir, mi alma te aclama,
y al perderse a lo lejos los pinares
que festonan tus costas seculares,
siento arder de tu hogar en mí la llama...

Tierra mil veces para mi bendita,
de mis abuelos cuna y panteón,
¿cómo decirla adiós si en mí palpita?

No, España, no. No parto, no me alejo:
tú sabes que allí quedó, que allí dejo
todo entero a tus pies mi corazón.

Juan E. O'Leary

En el mar, a 18 de Setiembre de 1929.

Hablando con Miguel de Unamuno, el pastor de almas

=De *Lecturas Dominicales*. Bogotá.=

Uno de los motivos que en mi ánimo influyeron para elegir como lugar de veraneo esta playa vasca, desde donde ahora escribo, fué el deseo de conocer personalmente a Miguel de Unamuno con quien he sostenido en correspondencia epistolar una amistad de un cuarto de siglo. Sabido es que el profesor de Salamanca, maestro en variadas disciplinas e insigne carácter, reside en Hendaya, sitio por él elegido para vivir los lentos años de su destierro, por ser aquel un lugar de la frontera desde donde puede vislumbrar un jirón del cielo de España y sentir en comercio espiritual con sus compatriotas el calor de patria, tan necesario para Unamuno como para ciertas aves zahareñas la libertad de los bosques, o de las cimas.

El nacionalismo de Unamuno, esa compenetración de un espíritu en la sangre y en el alma de su raza, sin que por esto deje de ser un pensador que se interesa por todas las ideas y todos los pueblos, es la característica del autor de *El Sentimiento trágico de la vida* que más me atrae y más me seduce en el insigne vasco. Y es que el hombre no llega a sentir hondamente lo humano-universal sino tiene su espíritu profundas raíces en lo particular de su raza y de su pueblo. Nada existe en el mundo menos amable para Unamuno que los espíritus que reniegan de su casta y ambulan por todos los predios sin reconocer el propio. El cosmopolitismo es para él lo más opuesto a lo universal que pueda concebirse.

En seguida de instalarme en San Juan de Luz escribí a Unamuno que deseaba hacerle una visita y que iría acompañado del doctor Laureano Gómez, orador y publicista de gran relieve en Colombia. Debo advertir que yo invité al doctor Gómez a hacer la visita a Unamuno, como buenos amigos que somos, pues el hecho de que yo disienta en la aplicación rigurosa a nuestro país de ciertas tesis de geografía humana, llevadas a su último extremo por el doctor Gómez, no me impide ser su amigo y reconocer en él un hombre de gran talento, que ha servido a la patria y que aún puede servirle con su energía y sus luces.

A mi carta contestó Unamuno en términos tan amistosos como expresivos. «Encantado le recibiré cuando venga. Afortunadamente, o desgraciadamente—no lo sé—todas las horas son mías. Por la mañana no suelo salir de casa; de 2 a 3 y media en el «Gran Café», y luego... en fin a su servicio. Mi morada de verano—en que me acompaña mi familia—es en la Villa Marie rue Pierre Loti, junto a la casa en que éste murió. Excusado añadirle que recibiré con todo agrado, basta que le acompañe, a don Laureano Gómez, a quien saludo, y hasta la vista en que de hecho le estrechará la mano quien de deseo y de espíritu se la estrecha ya».

Al día siguiente de recibir esta esquela nos encaminamos a Hendaya—que dista de San Juan de Luz trece kilómetros, en busca de Unamuno, y a la hora en que debería hallarse en el Gran Café. Ya sabíamos, por ser bien sabido, que hallaríamos al insigne maestro rodeado de sus amigos, un panadero, un campesino y un comerciante, jugando a las cartas.

—Allá veo al «hombre», dije a Gómez cuando traspasamos el umbral de la sala del café.

Antes de que le hubiéramos dirigido la palabra, también él nos había reconocido y se adelantó a nuestro encuentro. Sus ojos negros, de vasco zahorí, brillaban con la intensa luz del que adivina que va a hallarse en presencia de corazones que no traicionan.



Miguel de Unamuno

Yo he vacilado siempre en conocer a los hombres que admiro, porque he tenido grandes desilusiones al acercarme a ilustres personalidades: unas son demasiado herméticas o estiradas; otras trascienden vanidad, orgullo; éstas se defienden de nosotros con un silencio agresivo, aquellos son, o aparentan demasiado serlo, modestas y recogidas.

Si yo visité a Unamuno fué porque sabía suficientemente que su corazón siempre joven florece como su espíritu. En estudio que publiqué hace veinte años llamé a Unamuno «el verídico.» Al hombre sincero, al creador dispuesto a dar a los otros lo mejor de lumbre interior, a ese era el que yo buscaba. No iba como reportero. Desconozco el arte del reportaje. Era un amigo, un ingenuo amigo del hombre que más bellamente piensa en español. A Unamuno hay que acercarse ingenuamente, como niños, porque para Unamuno, según sus palabras, la única edad interesante del hombre se halla entre los diez y los diez y seis años. A Unamuno es casi imposible reportearlo. El habla y habla de materias diversas, entreverando en su soliloquio las anécdotas del más puro sabor castizo y las paradojas, que son las genuinas verdades de su espíritu clarovidente, abrasado de amor por las cosas de la tierra. Mientras hablaba se complacía en modelar figuras de miga de pan con sus ágiles dedos. Se diría que el movimiento de sus dedos corresponde al ritmo de su sangre y que para pensar necesita estar creando alguna figura plástica. Sus ojos poseen cualidades escultóricas. Con frecuencia construye figuras de animales y de objetos en papel. Es un juego de creador. Sus ojos ven clarísimamente las líneas y las proporciones de los seres. Resuelve por incidencias de los pliegues de una hoja de papel, problemas o axiomas de geometría. En un momento construye una mesa y el vaso con flores para colocarlo en ella. Sus animales de papel presentan un relieve de plasticidad admirable. Un editor alemán ha propuesto a Unamuno que componga un tratado sobre el arte de crear figuras en papel, que sería un libro solicitado en el mundo entero.

—¿En los dedos—le pregunto—reside la virtud que usted posee para construir esos maravillosos objetos cubistas?

—No, me responde—son los ojos los que aciertan a encontrar la línea precisa.

Primero en el Gran Café, y otro día en casa del doctor Gómez, permanecimos durante horas—para nosotros breves—escuchando al maestro.

En la imposibilidad de transcribir, siquiera con mediana exactitud, los conceptos, juicios y opiniones de Unamuno sobre diversos temas de sus estudios y variadas andanzas de su vida, me limitaré a recordar lo que nos dijo acerca del mayor de sus goces: pasearse por los campos:

—Yo soy un gran caminador. Con frecuencia recorro a pie la distancia, trece kilómetros, que media entre Hendaya y San Juan de Luz. En los caminos he aprendido siempre muchas cosas buenas. El que desee aprender algo, sobre todo en la ciencia del pueblo, que es la más antigua y respetable de las ciencias conocidas, váyase paso a paso, por los caminos, por los humildes senderos. Esos hombres de los campos saben mucho. Pero los que más saben no son los que cultivan la tierra y cosechan sus frutos; son los pastores. Ah! los pastores me han enseñado cosas profundas de las que esconde el cielo. Los labradores como están constantemente mirando a la tierra, que es muda, tienen pocas ideas; sus pensamientos son pocos y silenciosos. En cambio, los pastores, como se hallan menos preocupados en su trabajo, tienen libertad de mirar hacia los horizontes y levantar de noche los ojos al cielo, saben los nombres de las estrellas, el nombre antiguo, y al hablar de los astros parece que se refirieran a personas amigas.

Los pastores conocen mejor que los labriegos los nombres y las virtudes de las plantas. El vocabulario de los pastores, en Castilla, cuenta por lo menos con cuatro mil palabras. Yo conozco las plantas, las flores y las menudas yerbas porque me las enseñaron a conocer los pastores en los caminos. El que desee aprender el idioma tiene que recorrer a pie los caminos. Yo distingo perfectamente a un escritor que ha recorrido los campos con los pastores, de otro escritor que ha aprendido el idioma en trato con los hombres de la ciudad y en libros. Esos escritores que no han estado entre los campesinos y los pastores escriben el castellano como si lo tradujeran de otra lengua.

Vea usted, Cervantes y Lope, y todos los padres del idioma español, peregrinaron por los campos y conversaron con los pastores.

Gómez y este cronista escuchan embelesados al maestro. Pero ya llegará el momento en que le hagamos algunas preguntas.

———

(Pasa a la página 319)

Un nuevo libro de Teresa de la Parra

= De *Social*. La Habana. =

ACABO de cerrar por su última página un libro dulce, suave, fuertemente conmovedor: me refiero a estas *Memorias de Mamá Blanca* que la joven novelista venezolana Teresa de la Parra acaba de dar a la publicidad y de cuyos capítulos iniciales ya tenía conocimientos por haber escuchado hace poco más de un año la lectura que de los mismos hizo su autora en el Salón de Actos de la Academía de Ciencias. Entonces, lo confieso, no supe qué admirar más: si las deliciosas escenas que aquellos capítulos nos relataban, o el melodioso timbre de voz, lleno de musicalidades inauditas, con que Teresa de la Parra hacía llegar hasta nosotros el relato lleno de *saudade*.

Primera observación: Teresa de la Parra es una excelente narradora de cuentos. Si su próximo libro perteneciese al género en que Javier de Viana, Horacio Quiroga, Valentín García Sáiz y Carlos Montenegro son maestros, no me produciría la menor sorpresa. Serían unos cuentos musicales, medularmente impregnados de la musicalidad del alma de su autora. El alma de Teresa de la Parra,—como la maravillosa de Berta Singerman, — es eminentemente musical. Teresa,—¿por qué nó?—pudiera darnos la sorpresa de llevar a la práctica la idea de Mamá Blanca: «Si yo fuera novelista de talento, (dos humildes suposiciones), impondría la siguiente innovación en la novela: antes de comenzar un diálogo cualquiera tendería siempre un pentágrama sobre mi página. A izquierda como de costumbre: clave, tono y medida; luego los compases con notas y accidentes, y abajo el texto: lo mismo que para el canto. Con un poco de solfeo que supiera el lector no tendría sino que tomar el libro en la mano izquierda, llevar el compás con la derecha canturreando y ¡listo! El personaje habría hablado de veras».

Tu personaje, Teresa de la Parra, tu Mamá Blanca llena de gracia y de sabiduría, no ha ideado, como ella misma supone, una tontada. No. Yo he sentido la tentación de leer en alta voz,—remendando el armonioso canturreo de la tuya,—los reproches de Carmen María a las niñitas y las palabras de ese humanísimo Vicente Cochocho que deviene, por razón de la maestría con que nos lo presentas, en personaje central de tu novela. He sentido la tentación y he caído, de cierto modo, en ella. Al leerle *Memorias de Mamá Blauca* a mi hermana que convalescía,—¡esta agradable tarea de leer a un alma delicada un libro delicado!—ponía en el medio tono de mi voz un poco de aquella música con que nos regalaste los oídos: «Blanca Nieves, la tercera de las niñitas....» No, Teresa. Tu Mamá Blanca no ha ideado ninguna tontería. Al *Sí, señor* con que Vicente Cochocho responde invariablemente, a la llamada de los señores de *Piedra Azul*, corresponde, tú lo has dicho muy bien, «una nota negra ligada a una corchea con puntillo y un golpe de maraca, en el *Sí*, y en el *Señor* una semicorchea, una negra y repiqueteo de tres golpes...» ¿Y qué corresponde, a ver, al regaño-arrullo de Carmen María? «¿Hasta cuando me molestas, Blanca Nieves? ¿Hasta cuando me desesperas?»... O a las lamentaciones: «¡Niñitas, por amor de Dios: no sean tan desobedientes! ¡Bájense dos o tres por lo menos de ese trapecio! ¡Miren que no puede con tantas y que se van a caer las más chiquitas! Bájense, por Dios; háganme el favor! Bájense ya! ¡No me molesten más! No me mortifiquen!...»

Mamá Blanca asegura: «Nosotras, arrulladas por tan suaves cadencias y prolongados calderones, tal cual si fueran las notas de un cantar de cuna, seguíamos marcando a su compás nuestro vaivén...» Sin ñoñerías, sin ridiculeces, sin sensiblerías baratas, este libro está impregnado de esa cierta fragancia, de esa recóndita armonía tan caras al espíritu, tan sedantes para las angustias del vivir cotidiano. Teresa de la Parra reafirma, con sus *Memorias de Mamá Blanca*, mi juicio acerca de la sencillez e impecabilidad de su estilo, exteriorizado en la crítica que hice de *Ifigenia* desde estas mismas páginas de *Social*. Este libro, medularmente disímil de aquel emocionario, por la calidad de su contenido anecdótico, fraterna-liza con *Ifigenia*, sin embargo, en la maravillosa fluidez de las palabras y en los sencillos,—no por sencillos menos interesantes,—alardes de psicología que éstas encierran. Teresa de la Parra posee el instinto de la orientación; así la vemos penetrar, confiada y sonriente, por el complicado laberinto de las almas humanas más diversas, segura de que la puerta de salida se le ofrecerá sin el más ligero titubeo. Vicente Cochocho,—te remito, lector, al saboreo del capítulo del libro que lleva este nombre, especialmente en sus diez últimas páginas, del 191 al 201,—consagra las estupendas facultades psico-analíticas de la novelista venezolana. (¿Venezolana? No. *Americana* de la «América nuestra, que aún cree en Jesucristo y aún reza en español...» El talento no tiene patria, perdonadme, venezolanos; pero, con ser tan grandes, las fronteras de vuestra Venezuela bolivariana resultan ya marco estrecho para el prestigio que en la república universal de las letras se ha ganado Teresa de la Parra...)



Teresa de la Parra.

Vicente Cochocho,—cochocho, piojo sucio, para quien su propio apellido, «Aguilar», resulta un insulto porque nadie lo pronuncia jamás sino en la exacerbación del sarcasmo; Vicente Cochocho pasa, con Primo Juancho del brazo, seguido de Violeta arrogante y agresiva y de Blanca Nieves soñadora y cándida, (yo te comprendo, Blanca Nieves, porque yo soñé mucho, de niña, como tú, y creí en los cuentos, y me perdí en el bosque con la Caperucita, y sufrí las angustias de la Bella Durmiente, y lloré en silencio el abandono de Genoveva de Brabante), Vicente Cochocho pasa, digo, por el camino hiperbóreo que conduce de la ficción a la realidad, de la realidad a la gloria. Todo lo que supervive en el recuerdo emocionado de los hombres está tocado por las Gracias Inmortales. Tus personajes, Teresa de la Parra, están tocados por la Gracia Inmortal de tu espíritu. No morirán jamás.

Las *Memorias de Mamá Blanca* despiertan, con suavidad de beso maternal, ese niño dormido que todos llevamos en lo más claro de nuestro corazón. *Ifigenia* tiene, por el contrario, algo así como un fuerte y delicioso soplo de angustia pre-nupcial; es un libro amoroso, apasionado. Mamá Blanca es el alma diáfana que puede decirnos estas conmovedoras palabras: «El tiempo, al besarme los cabellos, me coronó tiernamente con mi propio nombre, sin llagar nunca a clavarme en el espíritu sus dientes de amargura; a los setenticinco años aún siento latir mi corazón ante la perspectiva de una excursión campestre en automóvil bajo el sol entre montañas, y mis manos tiemblan todavía de emoción y de impaciencia al desatar los lazos que anudan con gracia exquisita la sorpresa de un regalo». Los relatos que nos hace de la vida en la hacienda *Piedra Azul*, desatan ante nuestros ojos maravillados la cinta arcoirisada del recuerdo. A mí, a mí me es absolutamente familiar el panorama... El racimo de hermanos, el río, los árboles, el columpio, el trapiche, los regaños—menos melodiosos y dulces que los de Carmen María, es cierto...—los cuentos, Evelyn, Primo Juancho, Vicente Cochocho, Nube de Agua y Nube de Agüita, María Moñitos... ¡qué bien os recuerdo!... ¡qué bien!...

Aparecen, de vez en vez, en las *Memorias de Mamá Blanca*, atisbos revolucionarios. Con la suprema elegancia que le es característica, Teresa nos mostrará inéditas aristas de su espíritu rebelde: «Yo no sabía aún que, a la inversa de los ricos y los poderosos de este mundo, la vida es espléndida no por lo que dá, sino por lo que promete». Nos demostrará, displicentemente, que «no está de acuerdo» con la politiquería de su país, ni más ni menos vulgar que la de cualquier país de América. Nos hará, con gracia irónica, la crítica sagaz del «dadaismo», del «cubismo» y de todo cuanto de tonto y vacuo encierre la palabra «modernismo». Todo sin alardes intelectualistas, sin pedanterías académicas. Alguna vez, como de pasada, surgirá el comentario político: «Es sabidísimo que en todos los Congresos y Asambleas diplomáticas, desde los tiempos de Asiria y Babilonia, hasta nuestros días en la Sociedad de las Naciones, los Delegados no han tenido nunca más misión efectiva que la de ocultar al público, con habilidad y con admirable espíritu de asociación, la inutilidad absoluta de sus reuniones, dándose cada uno al propio tiempo la mayor importancia posible». Definitivo. Teresa de la Parra, con el talento y el corazón que tiene, no podrá nunca sustraerse a la emoción revolucionaria que circula por las entrañas de la época.

Yo preferiría, claro, que la inquieta escritora se preocupara un poco más por la cuestión social. Le sobra delicadeza de espíritu para

afrontar con elegancia estos problemas tan vitales para el porvenir de la América no sajona. Bien su *Ifigenia*, el estupendo emocionario. Bien *Memorias de Mamá Blanca*, con sus relatos exquisitos, llenos de color, de sabor y de vida. Pero, el próximo libro, ¿estará bien, también?... Permanecer demasiado al margen de la inquietud renovadora, de la energética revolucionaria del momento, tiene sus peligros Tengo, intuitivamente, la convicción de que la escritora venezolana sabrá afrontarlos y vencerlos. América, América-crisol, América-surco, América-entraña, clama por sus novelistas auténticos, deseuropeizados, legítimos. Venezuela necesita de Teresa de la Parra algo más que *Ifigenia*, algo más que estas deliciosas Memorias que vengo comentando. Venezuela tiene su indigenada, su llanería, su petróleo, sus mujeres esclavizadas por todos los prejuicios, sus hombres anestesiados por la política vil, su problema económico, matriz de su problema social. Libros para el regalo del espíritu, para descanso de las angustias de la lucha... ¡Enhorabuena! Pero... ¿En espera de qué emocionada antena brama el dolor de siglos de América que quiere *ser libre de veras?*...

Teresa de la Parra: árbol joven que nos ofreces frutos tan maduros, tan en sazón; las almas que conservamos todavía, en esta época de positivismos y de mecanicismos, la facultad deliciosa de «sabernos emocionar a tiempo», saboreamos las páginas de tus libros con la misma fruición con que debe saborear el viajero rendido de cansancio en medio de las caniculares torturas del desierto el agua pura de inesperado manantial... Nos has dado — ¡samaritana anti-bíblica—! lo mejor de tu espíritu. Pero queremos más: queremos la savia de tu idea, el jugo de tu pensamiento. Te hemos adivinado, a través de *Ifigenia*, a través de *Memorias de Mamá Blanca*, rebelde, pensadora, revolucionaria. Mañana... ¡Ah! Mañana... Entre tanto, fuente de emoción, surtidor musical, María Eugenia, Blanca Nieves, Teresa de la Parra, yo te estrecho las manos y te digo la palabra que no morirá nunca, así la profanen todas las insinceridades:

—¡Gracias, muchas gracias!

Mariblanca Sabas Alomá.

Estampas

Las dos mil vacas de la Bananera

Todos los que están identificados con los designios de la United Fruit Co. se empeñan en hacer sentir que el país se tambalea al borde de una bancarrota por haber dado trato desatinado a esa Compañía. Descargan la pólvora U. F. C. contra el sentimiento nacionalista que a esta hora es la única agitación decorosa de Costa Rica. El nacionalismo es aceptable para ellos mientras no tienda a oponerse a los intereses de la Bananera. Una vez que los hiera ya es osadía, ignorancia, lirismos y toda suerte de aberraciones de la mente no versada en los negocios elevados de un país. La capacidad para tratar los problemas de la nación depende del ardor con que se esté ligado a los designios de la Bananera. Todos los que no hagamos coro en esta hora de prueba, a la legión que la Bananera tiene en pie predicando el diluvio, llevamos un estigma imperdonable. ¡Cuánta nube negra empieza a aparecer sobre todos los confines! Pronto estará sin alientos el país y caerá convulsionado en medio de un espumarajo.

Conviene hacer presente a la legión lúgubre que no está operando en un sector de hombres desmemoriados. Pronto se adivina aquí que todo ese fuego está alimentado por un mismo combustible. Nadie pensará nunca que un amor honrado por el suelo moverá el corazón y la mente del ciudadano hacia la prédica de un encadenamiento. Porque no otra cosa persiguen los que condenan el trato justiciero que se ha dado al comercio del banano. Para todos ellos la prosperidad de Costa Rica es la prosperidad de la Bananera. De modo que, o el país le entrega nuevas regiones para que ella las convierta en explotación de su comercio de fruta y de mercadería, o se terminó la República.

Pero ese cuadro sombrío no es otra cosa que pluma y tinta al servicio de la Bananera. Repasamos lecturas que han nutrido de fortaleza nuestro espíritu y encontramos en una de ellas la estratagema de las vacas, lanzada por Aníbal contra los ejércitos del romano Fabio. Conviene aquí hacer un ligero paréntisis para advertir que no poseemos ningún anecdotario. Cuando referimos algún pasaje lo hemos tomado directamente de las páginas que lo contienen en su forma verídica. Tampoco queremos alardear de erudición. Sencillamente citamos todo aquello que pueda darnos una enseñanza aprovechable. Entre nosotros las citas van desacreditándose bastante.

Y es que el diccionario de citas y el anecdotario de bolsillo andan haciendo compañía a prohombres y a no prohombres. No por ese descrédito en que ha sumido el erudito pedante, la referencia, hemos de menospreciarla. La estratagema de las vacas la encontrará el lector curioso en la vida de Fabio Máximo, relatada por Plutarco. Y es como sigue. En el extremo de la Campania y en una «playa muy inquieta e innaccesible» quedó encerrado el ejército de Aníbal. Todos los pasos los conocía Fabio y quedó así en condiciones de diezmar y obligar a la capitulación al enemigo. Pero Aníbal se defendió apenas supo el peligro en que estaba. Y la defensa fué la estratagema de las vacas. «Mandó que, tomando como dos mil vacas de las del botín, se les atase sendos hachones en los cuernos, o haces de ramaje o sarmientos secos, y que a la noche, pegando éstos fuego a la señal que se diese, se las encaminara hacia las eminencias por los puntos estrechos donde tenían sus centinelas los enemigos.» Y esas dos mil vacas alzando fuego sobre sus astas llenaron de pavor a los soldados romanos. Mientras se movieron pausadamente, los vigías, las tomaron por un ejército en marcha. Mas la confusión desorganizadora vino cuando «encendido el cuerno hasta la raíz, se hizo sentir el fuego en la carne, y moviendo y sacudiendo con el dolor las cabezas se llenaban unas a otras de mucha llama, ya no guardaron orden en su dirección, si no que, espantadas e irritadas, dieron a correr a lo alto de los montes, llevando encendido el testuz y la cola y encendiendo también muchos de los matorrales por donde huían.» Los romanos no sabían que eran vacas achicharrándose las que así tumultuaban, sino que las creían hombres. Se desmoralizaron y Aníbal logró salir de su encierro. El espanto llevó algunas de las vacas al propio campamento de Fabio y pudo así darse cuenta del engaño.

Nos parece que hay una tremenda enseñanza en esa estratagema de las vacas. Desentrañémosla ahora que la legión de los Aníbales quiere llenar de espanto al país. En primer término démonos cuenta de que se está librando una lucha a muerte entre la Bananera y el país. Y el país no usa estratagemas, sino que se escuda tras sus leyes y tras la conciencia fuerte de sus hombres. La Bananera en cambio tiene que vencer a como dé lugar y entonces acude a la estratagema del terror. El mundo entero está conmocionado por sucesos económicos que, como los terráqueos, producen desprendimientos que desequilibran. ¿No vemos acaso que en la Bolsa de Nueva York, allí en donde el oro del mundo ha desaguado, los valores caen y se precipitan estruendosamente? Pues esto que los espíritus poseídos de un sentimiento religioso interpretarán como una señal de los tiempos, nos alcanza en una forma directa a nosotros. La conmoción es universal. De modo que hacerla originarse en Costa Rica de la forma en que una ley casi inofensiva ha puesto a regirse el negocio del banano, es una estratagema que tiene mucho de parecido con la de las vacas de Aníbal. La Bananera ha reunido sus dos mil vacas. Pensemos en esto. Su botín es grande. Ha extraído toda la riqueza de nuestra región Atlántica y dos mil vacas para ella son un botín ridículo. Pero con ellas piensa dar la batalla que la ponga de nuevo victoriosa sobre el país. Sin embargo, no debemos olvidar que esas llamas levantadas sobre las astas que el botín ha organizado, tienen que ser nada menos que fuegos fatuos. Cuidémonos mucho de creerlas llamas en verdad. Los romanos de Fabio vinieron a darse cuenta del engaño hasta que algunas vacas espantadas corrieron hacia los soldados mostrando achicharrado el testuz. Pero a nosotros no debe cogernos tarde para comprender la estratagema. Miremos la hora, que es meridiana. El país no puede sucumbir. Que lo crucen por todos los ámbitos las dos mil vacas de cornamentas encendidas. Pero al mirarlas los costarricenses debemos decir: he ahí un fuego fatuo.

Mentira que son males lo que la Bananera nos va a soltar. Sus dos mil vacas pueden hoy empeñarse en que así lo sintamos y al día siguiente hasta se harán prender de verdad el pellejo para que el olor a quemado nos conmueva. Mas el decoro del país ha de estar en pie. La Bananera sólo pretende reducirnos a una capitulación desgraciada con sus dos mil vacas. Ella sabe que son mucho dos mil vacas contra un país casi desamparado y sin una conciencia nacional perfectamente inclinada hacia el discernimiento entre lo cierto y lo falaz. A muchos cogerá en el limbo la luminaria de las dos mil vacas. Pero la otra faz de la lucha de los hombres fuertes de Costa Rica consiste en poner sopladeros en los ojos de cada ciudadano. Con ellos apagarán los fuegos fatuos de esas astas armadas de terror contra el país, mientras se le espanta y se clava potente la garra sobre la región de Golfo Dulce en donde eriales fecundos aguardan el beneficio civilizador de la Bananera.

Juan del Camino

San José y noviembre del 29.

La hormiga de alas azules



Tronco de *Cecropia mexicana* Hemsley, habitado por hormigas pertenecientes a la especie conocida con el nombre de *Azteca coeruleipennis* Emery.

Hay en las riberas escarpadas de nuestros ríos un árbol de tamaño mediano, conocido con el nombre de guarumo, de color ceniciento, tanto en la corteza como al dorso de las hojas, las cuales son grandes, de peciolo largo, rugosas, palmatilobadas y de nervadura saliente. El tronco es recto, pubescente, sobre todo cuando está joven, y hueco en su parte tierna superior, así como en las ramificaciones; las flores se presentan en amentos colgadizos, más o menos largos según la especie.

Pertenece al género *Cecropia* que está representado en Costa Rica por tres formas similares, siendo la *mexicana* la más común de ellas en la vertiente del Pacífico, desde la meseta central hasta la costa misma. En la copa de ese quitasol gigantesco tiene su residencia la hormiga de alas azules, cuyo nombre científico recuerda al antiguo imperio Azteca.

En 1894 anoté que estas hormigas no habitan todo el árbol, porque la parte baja del tronco se endurece poco a poco, y los agujeros que hicieron las obreras en la planta tierna se cierran hasta impedirles la entrada; pero en las ramas nuevas, que son huecas y jugosas, hacen las hormigas sus habitaciones, comunicando unos departamentos con otros, por medio de taladros practicados en los tabiques intermediarios, pues los tallos están divididos interiormente en cavidades, más o menos largas, de cuatro a diez centímetros, que marcan la separación de antiguas hojas alternas, desprendidas. A medida que las cavidades se alejan de la base del árbol están más pobladas de hormigas, larvas y ninfas, las cuales se alimentan con la pulpa tierna de que están cubiertas las paredes interiores, y que tiene un sabor semejante al de la manzana europea.

En un metro del tronco, de la parte superior, pueden contarse hasta cuarenta apartamentos, todos comunicados entre sí por uno o más agujeros abiertos en los tabiques delgados, que en forma de cúpulas sucesivas dividen el tubo general, correspondiente al corazón del guarumo. Al rajar una sección del tronco, las reinas, los machos y soldados se agazapan, como si les molestara la luz del día, mientras las obreras salen precipitadamente, sin atender a las larvas abandonadas; aunque bien es cierto que no se alejan del tronco, recorriéndolo en todas direcciones, quizá con la esperanza vana de reconstruir sus viviendas destrozadas.

En algunos lugares son tan abundantes las hormigas del guarumo, que con sólo golpear el tronco de uno de estos árboles, se cubre por completo de *Aztecas*, que corren como locas de arriba a abajo y de abajo a arriba, levantando el abdomen y moviéndolo con ansiedad verdadera; muerden cuanto pueden y perfuman con ácido fórmico los objetos que tocan, hasta producir un olor repugnante.

La especie a que nos referimos mide de 3 a 9 milímetros de largo, sin contar las alas, según sea, obrera, macho o hembra, que es la que alcanza el mayor tamaño. Las obreras son de color rubio de ámbar; los machos son negros, pequeños, con alas muy largas y bronceadas; las hembras tienen grandes alas azules de matiz violáceo, y el cuerpo tan obscuro que parece negro, aunque no tan intenso, ni brillante, como el de los machos. Esa conformación alada de los sexos progenitores indica vuelos crepusculares o nocturnos, pues hemos observado, además, que los machos estaban separados de las hembras, en árboles distantes unos de otros diez metros, poco más o menos.

De las catorce especies de hormigas pertenecientes al género Azteca, que tenemos en Costa Rica, unas pocas habitan las plantas del guarumo, otras hacen panales de sustancia vegetal en arbustos y bejucados, y algunas se instalan modestamente en los tallos secos, como lo hacen otras muchas hormigas propias de América tropical; pero separadas siempre las especies, aunque varias de ellas se hallen en la misma región y a corta distancia unas de otras. En algunas la separación es mayor aún: cada compartimento tiene su puerta de entrada, sin comunicación interna, haciendo del guarumo una población numerosa, en que cada familia o grupo de individuos tiene su alojamiento. Algunas hacen dos agujeros en el cuerpo leñoso y la corteza, de un milímetro de diámetro, para tener así una puerta de entrada y otra de salida; y la especie constructora de nidos en la cavidad del árbol, practica una rajadura de 15 mm. (un centímetro y medio) de longitud, para introducir fácilmente los materiales de construcción, con que forma una pasta semejante al cartón moreno y fabrica celdillas como las abejas, aunque no tan regulares ni uniformes.

En su régimen alimenticio son vegetarianas: en cierta ocasión traje de Alajuela algunas hormigas pertenecientes a la especie *Azteca coeruleipennis* Emery, en su tronco de guarumo, y las instalé en mi jardín; cerca de ellas clavé una mosca con un alfiler para averiguar si esas hormigas eran carnívora; pero lejos de apetecer la presa se retiraban horrorizadas de semejante crueldad. No sucedió así con otro género de hormigas que vivían en un *Lycaste* medio podrido, pues apenas una de estas hormiguitas negras observó la mosca, fué a avisar a sus compañeras, y después de ponerse todas en movimiento, el guía tomó la cabeza de la expedición y pocos minutos después regresaba la columna a su campamento, arrastrando el botín entre todas, con gran trabajo para vencer la distancia y dificultades del camino, que era a veces absolutamente vertical y la mosca diez tantos más grande que los soldados diminutos.

Las hormigas del guarumo tienen en esta planta casa y comida, prestándole ellas, a su vez, el servicio de polinizar las flores y evitar los daños que otros animales pudieran causarle, lo cual constituye un caso típico de simbiosis, consignado antes por naturalistas observadores de este fenómeno biológico.

Debemos, por último, dedicar un recuerdo de cariño al ilustre Doctor Carlo Emery, muerto en Bologna el 11 de mayo de 1925, por el interés con que estudió nuestras hormigas, sin otra recompensa que el respeto y admiración de todos los entomólogos europeos y americanos.

Anastasio Alfaro

San José de Costa Rica. Nov. de 1929.

Conoceos los unos a los otros (1)

= De *Atenea*. Concepción. Chile. =

Me complace ver los esfuerzos que hace *Monde* para dar a conocer a su público, a su pueblo francés—por lo menos de lengua—el alma, es decir, la humanidad de los demás pueblos, del resto del pueblo humano. Y no por exotismo estético. Es lo mejor que puede hacer para la mayor humanización de su pueblo.

«Conócete a tí mismo» dijo el oráculo de Delfos. (¡Oráculo había de ser!) Pero nadie puede conocerse a sí mismo si no en el espejo de los demás, sobre todo de los que nos son al parecer más diferentes. Hay que decir: «conoceos los unos a los otros». Que es más alto que «amaos los unos a los otros». Pues ya decía Carlos Lamb: «no puedo odiar a aquel a quien conozco». Aunque odiar ¿no es, a las véces, amar?

Discutiendo y peleando, aprenden los hombres a conocerse. Un viejo marino de mi costa vasca me decía una vez que recorriendo el mundo se había encontrado con hombres que viven desnudos, otros cubiertos de pieles; éstos no comen sino verduras, aquéllos carne; aquí no creen en dios alguno, allí todos son dioses, etc., ¡y todos viven!, luego—concluía—no se debe discutir. Pero así que viven así, sin discutir ni pelearse, viven animalmente, no humanamente. En espíritu sólo se vive discutiendo, disintiendo para consentir. El odio mismo, si fraternal, si humano, es forma de armonía. La palabra más ominosa, la menos humana es extranjero — *extraneus* — el de fuera, el de *extra*. Pero fuera de mí, *extra mei*, no hay nada de humano.

Más profundo que mi viejo marino vasco fué aquel gañán andaluz que le decía a su amo: «¡Desengáñese, señorito, en este mundo lo sabemos todo entre todos!» Todo lo que se sabe. Y lo que ignora lo ignoramos entre todos. Y todo lo que sabemos lo sabemos gracias a nuestras contradicciones íntimas. La ignorancia de mi prójimo me enseña que ignoro lo que creo saber. Nuestros conocimientos — y nuestras ignorancias—son complementarias. Uno tiene el botón, el mango o el eslabón y otro tiene el ojal, la hoja del cuchillo o el pedernal. Donde se impone por dictadura, religiosa, política, social o estética, un dogma cualquiera acaba por no conocerlo nadie. La ortodoxia es la ignorancia. (Así, verbi gracia, los marxistas ortodoxos no conocen a Marx.) La unidad dogmática hace la fe del carbonero, que es la ignorancia de la fe. Cuando todos creen creer lo mismo es que nadie cree en nada.

Voy a buscar en el prójimo lo que me falta para ser más yo. Cada nuevo amigo que me gano me enriquece no tanto por lo que de él me da cuanto por aquello de mi propio fondo que me revela. Por llevar dentro mío los 1,024 abuelos de hace diez generaciones llevo a mis contemporáneos todos.

Y así con los pueblos. Y así con sus dioses. Que han existido todos. Hace poco Henri de Montherlant, este pesimista tan consolador, en un artículo de una profunda comprensión—comprensión es amor—del lado más humano, más universal, del alma española, decía:

> Làcher bride â toutes ses tendances, fussent elles discordantes, dire toujours oui à la vie, c'est croire que tout est vérité, que tout est erreur, bref que tout se vaut. Et c'est le titre d'une pièce de ce Calderon que les Espagnols reconnaissent, avec Cervantes, pour l'ecrivain le plus représentatif de leur race: *En esta vida todo es verdad y es mentira* (1).

(Y en cuanto a lo que los dogmáticos o sea los dictadores llaman verdad hay que cogerla hoy mismo, y según pasa, porque mañana será error y pasado mañana mentira). Sin la civilización de los pueblos que llamamos salvajes perecería la salvajería sin que no pueden vivir en civilización los sedientos civilizados.

El radical escepticismo es la omniafirmación. Como lo más consolador es el pesimismo— un pesimismo como el de mi prójimo, mi *proximus*, Montherlant—. Pero si este mundo—que es el único posible—es el peor de los posibles, resulta ser excelente. Y es excelente porque en él se vive y se goza. Y hasta se divierte. Algunos haciendo pesimismo. Y la diversión es lo más sagrado. Hasta tal punto que los pueblos antes se rebelan porque no les dejan divertirse a su manera—cantando sus penas, por ejemplo — que por no tener pan. Más motines hay en Castilla por la suspensión de una novillada que por la carestía del pan o una baja de salarios. ¿Y la felicidad de Leopardi en que consintió si no en maldecir de haber nacido y cantar su maldición? ¿Y de qué se envaneció más el muy vano Salomón que de haber dicho lo de «vanidad de vanidades y todo vanidad»?

«Mi descanso es pelear» —dice un dicho español. Y mi pelear es conocer gracias a la pelea.

¿Conocer? ¿Amar? Hace poco se burlaba donosamente Benedetto Croce de esa ridícula pregunta que tantas veces se le dirige aquí al extranjero y a cuanto extranjero: *Aimez-vous la France? Ameiz-vous?* (2). ¡Como si se tratase de una *cocotte* o de una querida! Yo, cuando un francés me la dirige, le contesto: «Y usted, francés, ¿conoce usted Francia?» Si no conoce el resto del mundo, no, no la conoce. Y por lo tanto, no la ama.

He aquí por qué me complace ver que *Monde* de París se esfuerza en que el pueblo francés aprenda en el espejo de otros pueblos a descubrir en sí calidades para él mismo ignoradas. Y este pueblo francés, que se dice el de la medida, aprenda a no medir con el sistema métrico-decimal que es el de su invención. No le vendría mal medirse alguna vez a sí mismo por yardas, pies y pulgadas inglesas. O por *varas, pies y pulgadas* castellanas. Conozcámonos los unos a los otros para conocernos a nosotros mismos.

Miguel de Unamuno.

Hendaya, Francia. Junio de 1929.



El Centauro moribundo

Por Bourdelle.

---

(1) La traducción francesa del presente artículo que nos honramos en ofrecer hoy a nuestros lectores en su texto completo y original, acaba de aparecer en la revista *Monde* de París. Su redactor en jefe, M. Habaru ha tenido la gentileza de facilitar a C. Deambrosis-Martins, nuestro corresponsal en París, el valioso manuscrito del gran pensador español don Miguel de Unamuno, escrito de su puño y letra.—(*N. D. L. R.*)

(1) Soltar la brida a todas sus tendencias, aunque sean discordantes, decir siempre sí a la vida, es creer que todo es verdad, que todo es mentira, en resumen, que todo vale. Y hasta es el título de una pieza de ese Calderón que, con Cervantes, los españoles reconocen como al escritor más representativo de su raza: *En esta vida todo es mentira y es verdad.*

(2) ¿Ama usted a Francia? ¿Ama usted?

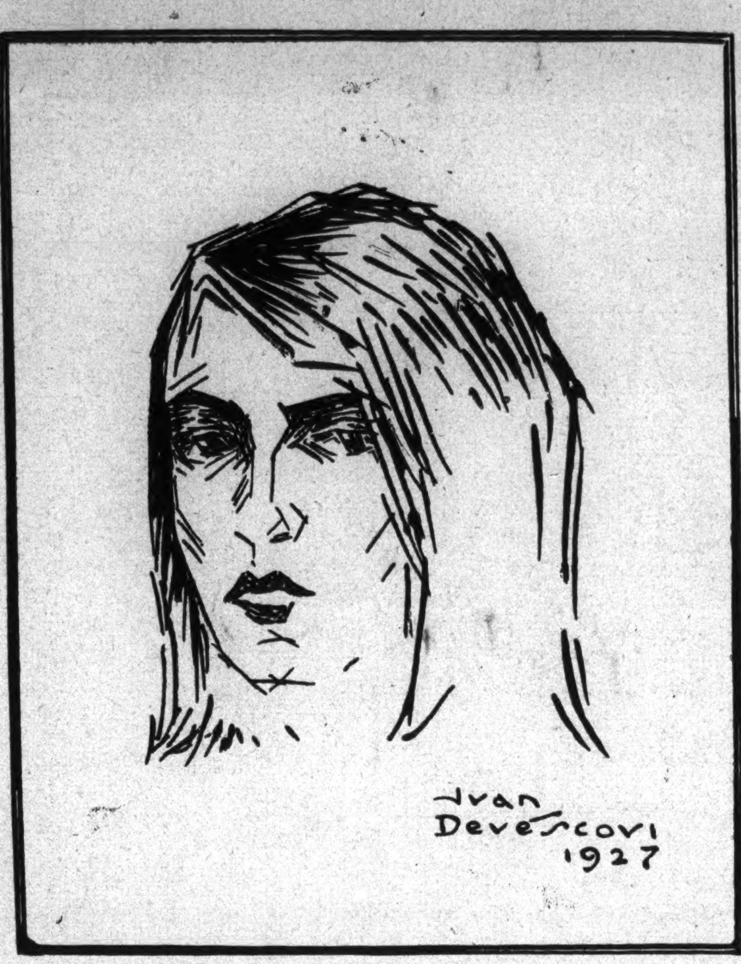
Preludio del elogio de *El Cemento* y del realismo proletario

A *Blanca Luz Brum*

HE escuchado reiteradamente a mi alrededor la opinión de que la lectura de *El Cemento* de Fedor Gladkov no es edificante ni alentadora para los que, fuera todavía de los rangos revolucionarios, busquen en esa novela una imagen de la revolución proletaria. Las peripecias espirituales, los conflictos morales que la novela de Gladkov describe, según esta opinión, no serían aptas para alimentar las ilusiones de las almas hesitantes y miríficas que sueñan con una revolución de agua de rosas. Los resíduos de una educación eclesiástica y familiar, basada en los beatísimos e inefables mitos del reino de los cielos y de la tierra prometida, se agitan, mucho más de lo que estos críticos pueden imaginarse, en la sub-conciencia de su juicio.

En primer lugar, hay que advertir que *El Cemento* no es una obra de propaganda. Es una potente novela realista, en la que Gladkov no se ha propuesto absolutamente la seducción de los que esperan, cerca o lejos de Rusia, que la revolución muestre su faz más risueña, para decidirse a seguirla. El seudo-realismo burgués. — Zola incluido— había habituado a sus lectores a cierta idealización convencional de los personajes representativos del bien y la virtud. En el fondo el realismo burgués, en la literatura, no había renunciado al espíritu del romanticismo, contra el cual parecía reaccionar irreconciliable y antagónico. Su innovación era una innovación de procedimiento, de decorado, de indumentaria. La burguesía, que en la historia, en la filosofía, en la política, se había negado a ser realista, aferrada a su costumbre y a su principio de idealizar o disfrazar sus móviles, no podía ser realista en la literatura. El verdadero realismo llega con la revolución proletaria, cuando en el lenguaje de la crítica literaria el término «realismo» y la categoría artística que designa, están tan desacreditados, que se siente la perentoria necesidad de oponerle los términos de «suprarrealismo,» «infrarrealismo,» etc. El rechazo del marxismo, parecido en su origen y proceso, al rechazo del freudismo, como lo observa Max Eatsman en su libro *La Ciencia de la Revolución*, tan equivocado a otros respetos, es en la burguesía una actitud lógica, —e instintiva— que no consiente a la literatura burguesa librarse de su tendencia a la idealización farisea de los personajes, los conflictos y los desenlaces. El folletín, en la literatura y en el cinema, obedece a esta tendencia que pugna por mantener en la pequeña burguesía y el proletariado la esperanza en una dicha final, ganada en la resignación más bien que en la lucha. El cinema yanqui ha llevado a su más extrema y poderosa industrialización esta optimista y rosada pedagogía de pequeños burgueses. Pero la concepción materialista de la historia tenía que causar en la literatura el abandono y el repudio de tan miserables recetas. La literatura proletaria tiende naturalmente al realismo, como la política, la historiografía y la filosofía socialistas.

El Cemento pertenece a esta nueva literatura, que en Rusia tiene precursores desde Tolstoy y Gorki. Gladkov no se habría emancipado del más mesocrático gusto de folletín si al trazar este robusto cuadro de la revolución, se hubiera preocupado de suavizar sus colores y sus líneas por razones de propaganda e idealización. La verdad y la fuerza de su novela —verdad y fuerza artísticas, estéticas y humanas— residen, precisamente, en su severo esfuerzo por crear una expresión del heroísmo revolucionario, —de lo que Sorel llamaría «lo sublime proletario»— sin omitir ninguno de los fracasos, de las desilusiones, de los desgarramientos espirituales sobre los que ese heroísmo prevalece. La revolución no es uua idílica apoteosis de ángeles del Renacimiento, sino la tremenda y dolorosa batalla de una clase por crear un orden nuevo. Ninguna revolución, ni la del Cristianismo, ni la de la Reforma, ni la de la burguesía, se ha cumplido sin tragedia. La revolución socialista que mueve a los hombres al combate sin promesas ultraterrenas, que solicita de ellos una extrema e incondicional entrega, no puede ser una excepción de esta inexorable ley de la historia. No se ha inventado aún la revolución anestésica, paradisiaca, y es indispensable afirmar que no será jamás posible, porque el hombre no alcanzará nunca la cima de su nueva creación, sino a través de un esfuerzo penoso, en el que el dolor y la alegría se igualarán en intensidad. Glieb, el obrero de *El Cemento*. no sería el héroe que es, si su destino le ahorrase algún sacrificio. El héroe llega siempre ensangrentado y desgarrado a su meta: sólo a este precio alcanza la plenitud de su heroísmo. La revolución tenía que poner a extrema prueba el alma, los sentimientos, los instintos de Glieb. No podía guardarle, en un remanso dulce, asegurada contra toda tempestad, su mujer, su hogar, su hija, su lecho, su ropa limpia. Y Dacha, para ser la Dacha que en *El Cemento* conocemos, debía a su vez vencer las más terribles pruebas. La revolución al apoderarse de ella total e implacablemente, no podía hacer de Dacha sino una dura y fuerte militante. Y en este proceso tenía que sucumbir la esposa, la madre, el ama



Blanca Luz Brum, poetisa uruguaya

Vista por Devéscovi

Entró el cielo por la ventana

Nosotros mirábamos todas las puertas, los huecos de las maderas estaban taponeados por mis ojos pesados de lágrimas, y por sus ojos de él, que antes estaban débiles y entornados, y ahora se abrian ansiosos y fijos en las puertas. A veces se encontraban nuestras miradas angustiadas y los ojos temiendo hablarse retrocedian y se daban de espaldas contra el alma. Una vez yo me hubiera arrojado con los brazos abiertos sobre él, le hubiera cubierto con mi pecho y con mi cara ¿más de qué lo libraba? ¿quién iba a llegar? ¿a quién temíamos con tanto terror? él mismo me lo hubiera preguntado, y yo me hubiera roto llorando y hubiera dicho: nadie. Y seguimos deshaciéndonos la angustia contra las paredes y el misterio.

Esa noche solo entró el cielo por la ventana, y cien ruidos distintos y vagos parecian nacer de la tierra, a veces como si descolgaran cosas en la habitación. A veces como si temblaran todos los niños del mundo.

Tal vez era Otoño en el cielo y caían las hojas dolorosas de las estrellas sobre la tierra, sobre la mano de los niños, sobre la frente de los viejos, sobre los ojos de los amantes. Otoño en el cielo, triste cosecha para la tierra.

Asi llegó la mañana madura y tierna como una fruta; colgada de la ventana yo la veia balancearse como una niña feliz. Entonces yo creo que Dios mismo vino a ponernos dulces las mejillas —¡había tal paz!— El campo estaba lleno de ruedas y de pájaros, cantaba la vida. Nuestro hijo tenia tres dias. Yo tenia mis pechos crecientes. Cantaba la vida.

¿Y cómo pudieron pesar tanto sus párpados? Yo le vi de pronto con sus manos rigidas apretando las últimas azucenas de esa primavera de Noviembre.

Blanca Luz Brum

de casa; todo, absolutamente todo, tenía que ser sacrificado a la revolucionaria. Es absurdo, es infantil, que se quiera una heroína como Dacha, humana, muy humana; pero antes de hacerle justicia como revolucionaria, se le exija un certificado de fidelidad conyugal. Dacha, bajo el rigor de la guerra civil, conoce todas las latitudes del peligro, todos los grados de la angustia. Ve flagelados, torturados, fusilados, a sus camaradas; ella misma no escapa a la muerte sino por azar; en dos oportunidades asiste a los preparativos de su ejecución. En la tensión de esta lucha, librada mientras su Glieb combate lejos, Dacha está fuera de todo código de moral sexual; no es sino una militante y sólo debe responder de sus actos de tal. Su amor extraconyugal carece de voluptuosidad pecadora. Dacha ama fugazmente al soldado de su causa que parte a la batalla, que quizá no regresará más, que necesite esta caricia de la compañera como un viático de alegría y placer en su desierta y gélida jornada. A Badyn, a quien todas se rinden, que la desea como a ninguna, le resiste siempre. Y cuando se le entrega, después de una jornada en que los dos han estado a punto de perecer en manos de los cosacos, cumpliendo una riesgosa comisión, —y Dacha ha tenido al cuello la cuerda asesina, pendiente ya de un árbol del camino y ha sentido casi el espasmo del estrangulamiento,— es porque la vida y la muerte los ha unido por un instante, más fuerte que ellos mismos.

José Carlos Mariategui

Lima 1929.

La política y los hombres de negocios

= De *El Espectador*. Bogotá =

2.—*Véase la entrega anterior.*

La especie política comprende cuatro variedades: el estadista conductor de pueblos, guía, consejero y padre de la patria, que se da a estas actividades por vocación, como quien se hace militar o se mete monje. Desinteresado del goce personal, apostólico, mártir casi siempre, asume el ejercicio de la política por el placer de aplicar sus capacidades superiores al bienestar de las sociedades, en una como extensión y sublimación del sentimiento de la paternidad. La incomprensión, la suspicacia y la perfidia amargan la vida de estos hombres, su descuido de los menesteres naturales de la vida los condena a la escasez de peculio personal y aun a privaciones de conforte y de sustento que, haciéndolos sufrir, es verdad, los aproxima, sin embargo, a los héroes y filósofos, cuya santidad seduce y enamora el alma femenina de las multitudes. Riqueza espiritual de pueblos y naciones, son estos seres privilegiados meta y norma de las recónditas aspiraciones de una raza o comunidad, paradigma de elevación moral, refugio de altos ideales a la vez que reducto inexpugnable de los derechos y virtudes de la sociedad que representan. Satisfechos con el ejercicio noble de sus facultades, entienden la felicidad como una grandeza del espíritu y hayan la compensación de sus sacrificios en el bien común que determinan y fomentan.

Otra variedad del hombre político la constituyen los que se dan a estas actividades en busca de una base más amplia de sustentación para la especulación pecuniaria y el lucro personal. Hombres de envidiable audacia y, no pocas veces, de facultades intelectuales eminentes, tienen en su favor el feliz éxito de sus empresas y la seducción circeana que el placer de los sentidos ejercen en las sociedades modernas. Acaparada la inteligencia por la industria, que puede ofrecerle mejor remuneración, e inclinada la humanidad del día de hoy a gozar intensamente de la vida como de un bien fugaz que nunca se repite, esta variedad del hombre político está desalojando a la anterior en todas partes, con grave desequilibrio de la especie humana.

Emprenden también actividades políticas grande multitud de vanidosos que por conocimientos fáciles de mera información creen trivial la tarea de conducir pueblos y de asumir la actitud heroica de escultores de razas y arquitectos de nacionalidades. Perezosos mentales son éstos, nada más, que se acogen al amparo de una función pública en que su mediocridad quede a prueba de fracasos inmediatos mediante el ejercicio de aquellas facultades inferiores de imaginación, astucia y mimetismo espiritual. Muchos de ellos tienen a veces un algo de elocuencia y de audacia para cegar el criterio de las masas y presentarse a ellas como gestores de alta misión social.

En la cuarta variedad estamos el resto de la ciudadanía que, como miembros de una república, somos irrevocablemente seres políticos.

La primera variedad del hombre político que contemplamos es la especie generatriz de los apóstoles, de la cual no hay para que decir que debe estar a la cabeza de las naciones. De la segunda variedad no podemos prescindir en la gestión de los intereses nacionales por ser hábil en la técnica, rica en recursos mentales para resolver los problemas de arte y ciencia en que se han especializado. Su eficacia debe ser generosamente remunerada, y no hay que condenarlos al silencio aunque estén ligados a empresas extranjeras, porque el oro es hoy más que nunca, corredizo e infiltrante, burlador hábil de barreras y muros de contención, pues goza de universalidad en el comercio y en los apetitos que incita y satisface, y porque es más barata y fácil de seducir la mediocridad. Cumple a los pueblos el darse por conductores espirituales y gerentes de sus destinos a hombres que desprecian la concupiscencia del oro, para que, desde su alta cima de virtudes morales, dirijan y refrenen las virtudes intelectuales de la segunda variedad del hombre político en beneficio de la república y engrandecimiento de la comunidad.

La tarea implacable de eliminación debe realizarse con los vanidosos que quisieran improvisar en su desmedrado entendimiento una genialidad de que los privó, inmisericorde u olvidadiza, su naturaleza; y eliminar, un poco también, en nosotros, los de la cuarta variedad, el prurito de maldecir tan frecuentemente de nuestra raza, nacionalidad y espíritu, ya que nada sobre la tierra hace más pequeños y cobardes a los hombres, que el propio menosprecio.

Luis López de Meza

(Viene de la página 305)

Lo que ha visto la lente de Warner-Agüero.—*Una mirada zahorí que adentrándose en quien la ejercita, investiga al par los más recónditos y complicados laberintos intelectuales. Una mirada juvenil, brillante, que parece conocerlo y adivinarlo todo. Una mirada curiosa e inquieta. Una frente inmensa en que parece que cupiera toda la sabiduría experimental. Una frente no señalada por las arrugas banales de las vidas mediocres y malas, sino surcada certeramente por las huellas de todas las reflexiones y las deducciones posibles. Una nariz fina, movible, ávida, de hombre super-civilizado, capaz de percibir todos «los perfumes de la Arabia», pero también de reconocer en cualquier mano tendida, el olor acre de la sangre. Una boca fina, cerrada, que se adivina cerrada de propósito, para no gritar inútilmente todo el horror del espectáculo social que como su dueño sabe y definió Hobbes, «Homo homini lupus». Y el traje que compite en blancura con el fino bigote y el cabello, sólo puede compararse en pureza al sentimiento que Shakespeare designara en su paradójico lenguaje vanguardista: «The milk of human kindness» y que la acción del filósofo ha distribuído inagotablemente en el transcurso de su larga y fecunda carrera.*

J. A. Fernández de Castro

La Habana, Septiembre 1929.

(Social. La Habana.)

Hablando con Unamuno...

(Viene de la página 312)

Mientras yo observo con interés la hermosa cabeza de Unamuno, cubierta de cabellos blancos; su frente amplia que deja entrever el hervir bullidor de su sangre cerebral; sus ojos de penetrantes miradas; el vigor de su busto y la frescura de su cutis, anotando, interiormente, un parecido con Hugo, cuando éste tenía sesenta años, el doctor Gómez le hace diversas preguntas. Pero el maestro, sin concretar sus respuestas, evita algunas cuestiones, yéndose por caminos y senderos sin detenerse en un sitio preciso.

—¿A qué atribuye, maestro, el que sea tan numerosa la gente española en estos pueblos de la frontera francesa?

—El español tiene la virtud de expansión en grado más intenso que el francés.

Gómez piensa (pero no expresa su pensamiento) que en opinión de Brunhes y Valleaux, hay dos clases de fronteras: las de tensión, constantemente invigiladas por los Estados y por las cuales la penetración de un pueblo a otro es muy difícil; las fronteras neutrales entre pueblos de desigual poderío militar y económico. Las fronteras de tensión separan a pueblos rivales, enemigos. Por las neutras penetra siempre el pueblo menos rico en el territorio del de mayores potencialidades económicas.

—¿A qué atribuye usted,—me aventuro a preguntar a Unamuno—el mayor progreso de Francia en relación con España?

—Está por ver que sea superior el desarrollo de la civilización francesa sobre la española.

—¿Qué significa en vascuence el apellido Unamuno?

—Vea usted. Un labriego analfabeta (y cuenta que entre los analfabetas ha encontrado gentes que saben mucho, pero mucho más que los obreros de las ciudades que leen periódicos), un campesino me enseñó a conocer el asfodelo de los griegos, que se llama en estas comarcas gamona. Yo he conocido poetas que citan en sus versos la palabra mirto y que no eran capaces de reconocer entre varias plantas el mirto. Unamuno significa en vascuence «colina de asfodelos».

—Y Berrío ¿qué significa?

—Berrío «es nuevo».

«Hombre nuevo» pienso recordando al mandatario antioqueño, que no será el gobernante de Colombia en esta hora de crisis de los valores morales, porque representa las más claras virtudes cívicas.

—Los estudiantes bogotanos han adoptado la boína vasca. ¿De dónde procede la boina, maestro?

—Unamuno hace un gesto de sorpresa, y luego dice:

—La boína es de origen francés. En el año de 1834 empezó a usarse entre los vascos españoles.

Al tratar de su confinamiento en una isla española y de la manera comó salió de ella, nos cuenta Unamuno anécdotas de un aticismo encantador. Sintiéndome incapaz de retener la frase animada y plástica de Unamuno, la viveza de sus imágenes, la agilidad de sus conceptos y aquel soplo de vida que su palabra infunde a las cosas, prefiero abstenerme de referirlas.

Mientras permanecíamos en el Gran Café, fueron varios los compatriotas de Unamuno que llegaron a presentar su homenaje al maestro cuya autoridad moral se acrecienta día por día.

Fuerte, a manera de una encina vasca, sencillo como un pastor de sus montañas, otea con mirada aquilina los horizontes de su España, esperando siempre, porque Unamuno, a semejanza de Esquilo confía en el Tiempo y en su compañera divina, la Esperanza.

Max Grillo

San Juan de Luz, setiembre de 1929

Llaman la atención los artículos de Juan del Camino

Cartago, noviembre 5 de 1929.

Señor don Juan del Camino

Repertorio Americano

Muy estimado señor:

Desde que el *Repertorio* comenzó a publicar sus artículos, esa página de usted ha sido la que primero leo y la que, desde luego, más me interesa como costarricense.

El último artículo *El Teachers College de New York propone una reforma escolar*, me ha hecho recordar mis buenos tiempos, cuando oímos de labios de don José Guerrero y, sobre todo, del inolvidable Omar Dengo, en el mismo salón de la Biblioteca Nacional, los comentarios e interpretaciones a los programas del señor Brenes Mesén. Cuánto idealismo había en estas conversaciones; cuánto practicismo —del más noble practicismo—veíamos definirse como un permanente sentido de la escuela pública; cuánto porvenir soñado y cuánta gloria para el maestro laborioso!

Desgraciadamente el terror a lo nuevo de los espíritus mezquinos y retrógados, impidió que aquello tomara cuerpo como realización efectiva. Sin embargo, desde entonces muchos nos identificamos con esa obra realizada en pensamiento, y en ella soñamos para cuando otros hombres vengan a orientar, en paz, la educación costarricense. Pero mientras el gamonalismo en que se desenvuelve nuestra política sea también el factor que decide la orientación de la educación pública, iremos sin duda decayendo cada día más, o como usted lo dice muy bien, regresando en nuestra alardeada organización cultural y educacional.

Vea usted: hoy mismo mi hijo me ha traído una hoja que le dieron en el colegio y que ostenta en grandes caracteres el siguiente título: «Secretaría de Educación Pública», y a continuación el decreto que obliga al uso de textos en los colegios y la lista de éstos para cada asignatura. Desde luego, he hecho propósito de no obedecer el decreto y no compraré a mi hijo ninguno de los libros que en esa hoja se anotan.

Me parece que al decretar el uso de textos se pone de manifiesto la decadencia de que somos víctimas en esta época, y me parece que al firmar un decreto de esta naturaleza se olvida la enorme responsabilidad que el gobernante tiene ante el futuro. El afán de grandezas bien puede ser orientado a un mejor servicio de la juventud.

Bien querríamos proponer al *Repertorio* una encuesta sobre uso y calidad de textos para nuestros colegios, que me parece ver amenazados por alguno de los tantos monopolios que existen en el país.

Cuando el colegio de mayores y mejores avances educacionales de los Estados Unidos viene a reorganizarse para independizar al niño o al joven de la tiranía del profesor, aquí se reorganizan para someter—como hace treinta años—a los alumnos a la tiranía del profesor y a la tiranía de un texto.

Son estas regresiones lentas pero sistemáticas en que se va incurriendo a diario o que van realizando intencionalmente nuestros políticos cada vez que necesitan congraciarse con el pueblo, o cada vez que ven más peligros en la amplia cultura de esté pueblo.

Todos recordamos el mal trato que dió a la Educación el brumoso estadista que olvidó en la Presidencia, o que desde ella se burló de la esperanza que en él habían puesto los maestros idealistas que con Omar Dengo a la cabeza, hicieron su campaña política sustentando los más hermosos ideales y alentando los más nobles progresos para la enseñanza pública. Y todos recordamos haberlo visto «cocear» los más caros ensueños y la vida de estos educadores!

Es cierto, don Juan del Camino, vamos en decadencia. Pero tenemos la esperanza de sus voces «nacionalistas»—con ese nacionalismo del joven viejo Tagore—; de sus voces que resuenan con eco formidable de verdad en la conciencia de los que no tenemos tierras que vender a la United o negocios de importancia con esa compañía, ni tenemos bonos del *trust* eléctrico ni complicidad en los empréstitos

que en poco tiempo humillarán a los costarricenses y nos harán enrojecer de vergüenza.

Muchas mujeres como yo, muchas maestras o madres, leerán sus artículos con placer y con gratitud, porque usted habla y defiende el porvenir que debemos a nuestros hijos. Algunas saboreamos en sus escritos el verbo de Omar Dengo, que como látigo azota las espaldas de los traidores y de los políticos decadentes.

A veces nos damos cuenta o nos parece ver que detrás de usted, en lo invisible, está la sombra protectora de ese maestro—maestro de honradez, sobre todo—que le da alientos en su lucha y que quizá le hable al oído y le diga: «Hermano, no desmayes».

¡No desmaye usted, don Juan del Camino, no desmaye!

Tiene mucho placer en saludar a usted manifestándole la simpatía de su servidora,

Pastora de la Paz

Poemas

Muestrario

Mi barco trae un pez como el Arcángel
al puerto reflejado en la osadía
de las aguas que tienen alas de ángel.

Un pez como de miel... Ramos de nardos
sangran las ventanas por los costados,
el sol las ha herido con sus dardos.

Un pez como de luz... Las clorofilas
del puerto son dulces al horizonte
que se ha bebido en agua mis pupilas.

Los gritos en el aire dejan charcos.
He pescado un espejo en el silencio
para verme bajar de muchos barcos...

¡Esta mañana he vuelto de mil viajes!

Foro

Mañana azul, azul como yo pienso
(cada mañana el arenal maneja
conchas de mar y perlas, el joyero),
crecida entre mis manos como un soplo,
como el carrillo inflado de una vela!

¡Mañana azul, azul como yo pienso,
trigal en flor, empeño de verano,
sutil el pensamiento entre tus muslos
le paga su ilusión por imprevisto,
tu claridad, alforja de luceros!

¡Mañana azul, azul como yo pienso,
amarilla de trinos, enredada
al viento vegetal de los pulmones
verdes y los trigales florecidos,
sin acabar de ser perfecta nunca!

Suma mínima

En olor de crepúsculo
delfines y poemas...

¿Quién agita
el llavero de las costas?

El cielo cumple años
y hay fiesta en las estrellas.

Rodajas de horizonte
entre los barcos tristes
y cabellos de luna
en sopa marinera.

Miguel Angel Asturias

París, 1929.

Tablero
1929

Como aún faltan ₡ 1,200 para cubrir el costo de la casa comprada a la viuda e hijos de Omar Dengo, y como aún llegan nuevas cuotas, abrimos otra lista y seguiremos recogiéndolas.

Vienen... ...	₡ 77.00
Marcelino Canales...	5.00
Luisa González...	2.00
Alumnos de la Escuela Mixta de Tilarán	12.00
Graduados de la Escuela Normal: Brunilda Morales, Salvador Umaña, María de Briceño, Angela Irías, Judit Ferreto, Ulises Ugalde, Selmira Lobo, Rosa Salazar, Rafael Cortés, Alba Briceño, Clarisa Mora, Angela Sáenz, Clemencia López, Juanita Solano, Adela Ferreto, Esperanza Alfaro Paniagua, Amparo Argüello, Angela Castro, Tulio Sáenz, Roberto Soto, Herminia Bonilla, Juanita Sáenz, M. Angel Soto, Leonardo Sibaja, Julia Salazar, Rogelio Salazar Adela Salazar de Soto, Belén Sánchez, Amanda Rodríguez, María Ester Brenes, Etelgive de Gutiérrez, Juanita Aragón de Fallas, Hernán Flores, Odalía Flores, Eva Arias, Lolita Irías, Olga Salas, Abel Vargas, Carmen Guzmán, Arnoldo Ferreto, Adela Benavides, Alba María Esquivel, Delia Benavides, Bambino García, Abigail C. de García, Nelly Yanarela, Seneida Zamora, Alberto Bolaños, Claudio Moya, Jael V. de Vargas, Uladislao Gámez, M.ª Teresa Rosabal, Lydia Arias, Elisa Soto, Eduardo Herrera L., Manuel Antonio Ramírez, Tristán Brenes, Antonio Gutiérrez, Margarita Chaverri, Berta Solano, Victoria Arguedas, Alicia Flores, M.ª Joaquina Mata, Eva Guevara, Jorge Mora, Luis Odio, Flora Beer, Carmen Dobles, Nelly Chavarría, M.ª Isabel Chavarría, Alicia Castaen, Ofelia Castro, Elena Velásquez, María L. Castro, Rita de Odio...	237.00
	₡ 333.00

Todo un hombre

Murió como vivió de cara a la vida, sin miedo a la muerte, que debió sentirse desconcertada ante la entereza de este varón esclarecido que supo honrar la República como pocos. Y esta serenidad ante lo desconocido provenía, más que todo, de la honda raigambre que habían echado en su alma los humanos conocimientos adquiridos en largos años de estudio.

Como reza el exámetro griego, muere joven por haber sido amado de los dioses, pero deja abiertos los surcos donde venía regando el grano fecundo de sus ideas.

No sólo la simpatía personal de él emanaba lo hacía atrayente, sino que acercaba por su nombre armonioso que nos acordaba las leyendas hazañosas de los califas árabes.

Pasarán muchos soles por el cuadrante terrestre sin que sea fácil reemplazar a este representativo de la raza, que tenía las características del apóstol: voluntad, talento y bondad.

En esta hora suprema para el país, en que se perfila en el horizonte una quiebra de valores integrales entre sus hombres públicos, y en que la hombría de bien y la entereza de carácter día con día se hacen más raras, la desaparición de OMAR DENGO marca un ramalazo infausto en el patrio solar, como ayer fuera de luto con la muerte de ese otro alto varón que se llamó CLAUDIO GONZÁLEZ RUCAVADO.

Los dioses nos abandonan, y ante esta fatalidad, ¡oh espíritu perfecto de OMAR! desde las regiones ultraterrestres acompáñanos a rezar por la Patria nuestra cotidiana oración:

Padre nuestro que estás en los cielos...

Blanca Milanés

San José, Costa Rica, 20 nov. de 1928

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José.